

# **MÁS ALLÁ DE LAS DIVERSIONES**

Mark Bejar

Obra registrada en Safe Creative bajo la licencia creative commons.

Fecha de registro: 02 de agosto del 2021

Identificador: 2108028587423



## 1. ACCIDENTE

El auto avanzaba hacia el hospital, atravesando calles bajo la luz de una mañana que a simple vista aparentaba ser inocente y tranquila. Dentro de aquel vehículo, Samy descansaba su cabeza contra la ventana, mirando los diferentes conjuntos y edificios de su ciudad al avanzar a gran velocidad. En su mente se visualizaba una única persona: su hermana menor Daniela, diagnosticada con cáncer hace unos meses. Por ocupaciones del colegio no había tenido tiempo de visitarla en el hospital aquella semana y, aunque habían sido pocos días desde la última vez que la había visto, la extrañaba de una manera incontrolable. Anhelaba poder ver esa mirada que desde su nacimiento había estado rebosante de energía, anhelaba mirar su sonrisa y acariciar su rostro. Un momento con ella, era su único deseo.

Sus dos padres iban al frente. María al volante y Ariel en el asiento del copiloto, sin intercambiar demasiadas palabras; dejaban que la música de la radio se desarrollara en el interior

del auto, aunque Samy muy poca atención le daba. Su mente estaba revuelta de emociones, hace pocos meses había cumplido quince años, descubriendo así los cambios de humor repentinos y los constantes bajones emocionales. Estos eran todavía más constantes en su vida al encontrarse en un constante estrés por el futuro que le deparaba a su pequeña hermana. Él era un chico sin demasiadas metas, considerándose aún demasiado joven para eso, por lo que la mayor parte de su tiempo libre lo dedicaba a jugar con ella a pesar de tener nueve años (todavía consideraba que en su interior vivía su espíritu infantil, aunque tan solo ella sabía sacarlo a la luz). Su hermana era su mundo completo.

Debido al estado en el que se encontraba, en el que se mantenía perdido en sus recuerdos y pensamientos, no pudo escuchar demasiado sobre el escándalo que se desembocaba fuera del auto hasta que su madre comenzó a maniobrar con fuerza. Samy saltó por el susto mientras que el vehículo derrapó al intentar esquivar una camioneta que se dirigía hacia ellos en sentido contrario, sin embargo su parte posterior logró impactar con fuerza contra el maletero de su auto. Comenzaron a moverse con violencia sobre el asfalto, Samy no llegaba a distinguir lo que

sucedía con exactitud, el mundo a su alrededor se volvía borroso y confuso.

De pronto hubo un poderoso impacto, algo en el coche se había roto, y fue entonces cuando Samy, quien en su mente todavía conservaba el recuerdo de su hermana, vio el mundo a su alrededor volverse blanco. En un inicio creyó haberse vuelto ciego, sin embargo aún creía que podía vislumbrar algo a la lejanía, algo más allá de la memoria de Daniela y la realidad convertida en blanco. Distinguía una mancha oscura aproximarse hacia él junto a un olor repugnante, similar al que desprende una cloaca.

Y de pronto se percibió cayendo, como si estuviera montado en un resbalín, hacia esa marca oscura. El olor se volvía cada vez más intenso conforme se acercaba, hasta que una brisa de viento le acarició su rostro, dándole la bienvenida al lugar al final del túnel de luz blanca. Aterrizó sobre una pila de basura en una cámara de paredes metálicas donde el agua le llegaba hasta los tobillos, descubriendo también que, en cualquier centímetro del lugar, había toda clase de desperdicio.

El olor llegó de nuevo a la nariz, dándole ganas de vomitar. Por algún motivo aquel lugar no le resultaba extraño, creía que se encontraba en una especie de sueño donde era consciente de sus

pensamientos, por lo que se levantó sin temor alguno y comenzó a dar vueltas por el vertedero.

Descubrió que en aquella habitación, en el extremo izquierdo, se encontraba una puerta metálica pero, por más que hizo el esfuerzo de abrirla, no lo consiguió. Supuso que quizá, en aquel sueño, existía únicamente la habitación llena de basura y él.

Al mirar más de cerca los desperdicios desparramados por el vertedero, descubrió que algunos eran envolturas de dulces, *hot dogs* y palomitas. Le trajo memorias de una infancia que parecía perdida y opacada por la adolescencia, donde se veía asistiendo a una feria junto a su hermana y sus padres. Ella en aquel entonces tenía tres años y apenas comprendía el mundo de diversiones en el que se encontraba pero, conforme descubrieron las diferentes atracciones, su risa se hacía más presente la cual compartía con su hermano mayor.

Cuando comenzó a anochecer en la feria sus padres habían comprado *hot dogs* para cada uno y, mientras regresaban al auto, una ligera llovizna cayó sobre ellos. Comieron dentro del vehículo mientras las gotas resbalaban por las ventanas. Samy recordaba que aquellos *hot dogs* habían sido los más deliciosos que hubiese probado.

Mientras caminaba en el interior de aquel lugar de basura, comenzó a sentir una extraña masa que se movía por debajo del agua. Por un instante le recordó a aquella escena de *Star Wars: Una Nueva Esperanza*, donde el grupo conformado por Luke Skywalker, Han Solo, Chewbacca y la Princesa Leia se veían encerrados dentro de un compresor de basura dentro de la *Estrella de la Muerte*, de pronto Luke era atacado por un monstruo que vivía debajo del agua de la basura, arrastrándolo con un tentáculo por debajo de la superficie.

Temía que su destino fuese idéntico al de Luke Skywalker, y su temor se dispersó todavía más cuando aquella masa acuática comenzó a alzarse, dejando ver un cuerpo escamoso y repugnante que poco a poco comenzaba a levantarse. Samy soltó un grito que le hizo saber al instante que era poco posible que se encontrara dentro de un sueño. El monstruo comenzó a emerger, tenía la cabeza robusta de una serpiente, con el cuerpo de un hombre cubierto de algas, suciedad y escamas, teniendo brazos y piernas fortalecidos. Y cuando Samy miró su rostro el peor horror que un adolescente pudiera sentir se apoderó de su cuerpo, paralizándolo y haciendo a su corazón latir a una velocidad que podía sentir más allá de su pecho. No eran sus dientes amarillentos y filosos lo que



lo asustaba, tampoco la baba ácida que caía entre ellos, y menos su nariz cubierta de mocos. Lo que despertaba su terror era que, en su rostro, no había señales de ojos. Esos ojos que humanizan, esos ojos en los que despiertan las emociones, esos ojos que lloran de felicidad o tristeza, aquellos ojos que dan vida al rostro no se encontraban en los de la bestia. Era una criatura sin humanidad y, aparentemente también, sin sentimientos.

El monstruo comenzó a aproximarse hacia Samy y él retrocedió.

«Me va a comer —pensó Samy—. Definitivamente me va a comer».

En aquel instante, en el que ya estaba seguro de que sería devorado por la bestia-serpiente, la puerta de metal se abrió. Vio una silueta en el umbral que no alcanzaba a distinguir por la oscuridad que había detrás de él.

—¡Ven! ¡Por aquí! —le gritó.

Samy corrió hacia él, entrando en una nueva habitación. Logró distinguir la silueta de quien lo había rescatado, se trataba de una mezcla entre mapache y zorro de colores blanco y negro que andaba sobre dos patas mientras cerraba la puerta metálica.

—Así que... esto es real —exclamó Samy sin mucho aliento.

—Así es —respondió el mapache-zorro—. Me llamo Doly, mucho gusto —Doly le extendió la mano a Samy. Él se la estrechó con amabilidad.

—Mucho gusto. Soy Samy. No tengo idea de qué sea este lugar... ni por qué estoy aquí. Jamás había visto un animal como tú, ¿qué eres?

—Soy una de las mascotas de este lugar. He sido peluches, gorras, animatrónicos y botargas. Pero yo soy el mero, mero. El original, ¿entiendes, ajá?

—Sí. Entiendo. Fue un placer conocerte Doly, pero creo que necesito irme. Me preocupa mi hermana.

—¿Tu hermana, ajá?

—Sí. Está enferma y necesito regresar con ella.

—Te será muy difícil regresar, ¿sabes, sabes? Este lugar se le aparece solo para el que lo necesita. Tú tranquilo, yo nervioso, ¿ajá, sí?

—No, es que... En serio necesito volver.

—Volverás, te lo prometo. Pero primero... itienes que seguirme!

Samy vio que el terco animal no iba a cambiar de opinión, por lo que optó por seguirlo, subiendo unas escaleras algo antiguas hasta llegar a una pequeña estancia que parecía el interior de una recepción abandonada. Ambos salieron, llegando a un terreno con cajas, piezas metálicas, entre otras cosas, que se hallaban desplomadas sobre la tierra, rodeadas por algunos árboles y césped.

Al lado de la construcción de la recepción se encontraba un tren verde con un único vagón. No parecía dañado, ni mucho menos oxidado, lo que a Samy le pareció llamativo considerando el lugar tan desolado en el que se encontraba.

—Sube al vagón —le pidió Doly—. Venga, venga.

Samy obedeció y subió al vagón, teniendo a Doly a su lado. El tren comenzó a moverse sobre sus vías, agarrando una velocidad agradable mientras avanzaba. Samy miró a través de una de las ventanas del vagón, no distinguiendo más que árboles y arbustos a su alrededor.

«Prometo que regresaré contigo, Daniela» —reflexionó Samy—. «Solo déjame ver qué quiere este animal raro y vuelvo».

El tren bajó una colina, llegando a un terreno cubierto de pavimento que Samy reconoció como un gran estacionamiento. Se

detuvo de pronto, soltando un silbido mientras que Doly bajaba acompañado por el muchacho.

Juntos caminaron por el estacionamiento que, a simple vista, parecía abandonado. Sin embargo el escenario no llegaba a perturbar a Samy, no más que aquel bicho dentro de la cámara de basura que debería encontrarse en la *Estrella de la Muerte*. De cierta manera, el lugar le resultaba agradable. El sol brillaba por encima de ellos y un aire fresco llegaba desde la lejanía, el ambiente perfecto para descubrir un mundo nuevo.

De pronto Doly se detuvo junto a Samy, ambos viendo frente a ellos un gran arco amarillo que funcionaba como entrada para un lugar al que la criatura con forma de mapache y de zorro pronto llamó:

—¡Charlyton! ¡Sé bienvenido a Charlyton! ¡Ajá!

## 2. LA VOZ INVITA LOS BATIDOS

Samy permaneció algo perplejo mirando aquel arco amarillo que en grandes letras negras decía: «CHARLYTON». Por un instante se quiso convencer de nuevo que se encontraba soñando. Aquel lugar resultaba de lo más onírico. ¿Mapaches-zorro que hablan? ¿Una criatura con cabeza de serpiente y cuerpo de hombre? ¿Un estacionamiento abandonado en un lugar al que no recordaba cómo había llegado? ¡Vaya! ¿Qué cosas había estado tomando para llegar a alucinar aquello?

De pronto recordó el accidente que había tenido con sus padres. El accidente automovilístico. ¿Aquel evento también formaba parte de su sueño? ¿Había muerto y ahora se encontraba en un más allá? Recordaba haberse encontrado cayendo por un túnel de luz blanca. Posiblemente era eso. Había muerto en aquel accidente y ahora su alma había ido a parar a un mundo surrealista.

Se deprimió al instante, aunque no soltó lágrima alguna. Si había muerto, ¿qué más podía hacer? Únicamente deseaba poder haber visto a su hermana una última vez, verla crecer y jugar junto

a ella. Convertirse en su protector ante cualquier conflicto de la vida.

«Siendo sincero, es posible que tampoco estando vivo la hubiera podido ver crecer» —pensó con tristeza.

Doly pareció percibir sus sentimiento al responder:

—¿Qué te pasa, muchacho? Te ves muy... triste.

—Estoy muerto, ¿verdad? He muerto y ahora estoy en el paraíso, o algo así.

—No, chico. No has muerto.

—¿Entonces dónde estoy?

—Estás en Charlyton, ya te lo dije. Este lugar solo se abre para quien lo necesita, eso también ya te lo he dicho.

—Pero... ¿Charlyton? ¿En qué país estamos? ¿O en qué planeta? ¿O en qué galaxia? No sé... Dame una idea para saber en qué lugar estoy exactamente.

Doly lo miró con incredulidad. Entonces Samy supo que no podía tener más que paciencia, de alguna manera sabía que no se encontraba en su propio mundo y que sería difícil salir de Charlyton. Pero, con tiempo y serenando sus sentimientos, lograría regresar con Daniela, como se lo había prometido.

—Ven, vamos —le dijo Doly, comenzando a caminar hacia un sitio que parecía ser la taquilla de boletos—. Sígueme.

Samy obedeció y caminó junto a Doly, atravesando el arco amarillo y llegando a una plaza en cuyo centro se encontraba una fuente encendida que soltaba el agua más pura y limpia que Samy jamás hubiese visto.

—Muy bonita, ¿verdad? —le dijo Doly—. Ven, ven. Sígueme.

Continuaron avanzando por la plaza, a su alrededor habían diferentes edificios y carpas en los que Samy pudo distinguir varios juegos de feria como los carritos chocones o las tazas giratorias, con sus respectivos barrotes en forma de barandilla para que la gente (aunque no hubiese) pudiera formar fila.

—Es un parque de diversiones —exclamó Samy.

—¡Ajá! —respondió Doly con entusiasmo, caminando por una pequeña calle cubierta de adoquines rojos, deteniéndose poco más adelante frente a un poste del que sobresalían unas bocinas negras—. ¡Checa esto!

Desde las bocinas una melodía alegre y divertida resonó, seguida de unos cinco segundos de silencio hasta que una voz, de la que Samy no podía saber con certeza si se trataba de la de un chico o una chica, comenzó a hablar.

— *iHey, hey! ¡Hola! ¿Cómo se encuentran todos? ¡Bienvenidos a Charlyton! Yo soy El Ferias, la voz que se encuentra en todo el parque y que los guiará por todo el lugar para que siempre estén contentos. ¿Tú quién eres, amigo?*

—S-Samy.

—*Muy bien, Samy. Te invito a dar un recorrido por el lugar, te traeré un vehículo.*

El Ferias se calló y regresó un breve silencio que fue interrumpido por la bocina de un carrito de golf que se aproximó hacia ellos desde atrás, aunque sin ningún conductor que lo manejara. Se detuvo frente a los dos.

—*Por favor, pasen. Sean bienvenidos.*

Samy y Doly abordaron el carrito, que comenzó a moverse tan pronto estuvieron cómodos en sus asientos. Atravesaron la calle de adoquines rojos, pasando por diferentes atracciones que Samy miraba con añoranza, recordando los momentos que había tenido con su familia en la feria hace algunos años. Vio montañas rusas para niños pequeños, columpios y algunos juegos similares a las tazas giratorias. También, entre cada juego, había espacios para comer; en uno de ellos que servían pizzas, encontró a un robot limpiando la barra de servicio con un brazo delgado mientras que



en el otro sostenía un desinfectante. No le prestó demasiada atención, se interesaba más en El Ferias, de quien sospechaba que no era una simple voz pregrabada.

—El... —comenzó a decir Samy—. O *La Ferias*...

—Puedes llamarlo usando el pronombre “el” —respondió Doly de pronto—. Pero eso es más por su nombre, El Ferias, es casi como si estuviera unido, ¿ajá? Como Elferías. El pronombre más correcto sería “ello”, supongo.

—Bueno... ello, El Ferias, o Elferías, ¿es una persona real? No es una grabación, ¿verdad?

—Nopi. Supongo que es parte del parque, al igual que yo y el robot que vimos allá atrás. Ese se llama Lek, se encarga de la cocina y esas cosas, ¿ajá?

—Sí. Entiendo.

Continuaron avanzando por la calle roja hasta llegar a la entrada de una gran montaña rusa. Samy pudo ver que su altura superaba cualquiera que hubiese visto en una atracción de aquel tipo, causándole un gran vértigo.

—*Esta atracción* —comenzó a decir Elferías— *se llama Calacas Locas. Entra, Samy. Te va a encantar.*

Samy desconfiaba de la montaña rusa Calacas Locas, pero algo en ella le llamaba a montarla. Quizá el sentimiento de adrenalina que bombeaba su corazón. Quizá la diversión. No lo sabía a ciencia cierta, pero comenzaba a creer que aquel lugar nada tenía de dañino. Ni mucho menos para un adolescente de su edad.

Caminó entre las barandillas hasta llegar a la entrada, donde lo esperaba una fila de vagones de color dorado. Se montó en el segundo y se abrochó el cinturón mientras Doly llegaba para ajustar la barra de seguridad.

—¡Todo listo! —exclamó Doly al aire.

—*Entonces, ¡vamos!* —rugió la voz de Elferías.

Los vagones comenzaron a moverse, en un inicio a una velocidad moderada, pero, de pronto, hubo una caída inesperada que a Samy le arrancó un grito de lo más profundo de su alma. En un instante, la fila de carritos de Calacas Locas, aceleró a una velocidad que dejó al muchacho sin aliento. Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que comenzaron a subir por una línea de rieles que parecía llegar hacia los límites del cielo. El viaje apenas comenzaba.

Samy temblaba de pánico. En su vida había alcanzado tal velocidad sobre un vehículo de ese tipo. Cuando la fila de carritos

comenzó a alcanzar la punta, él ya se encontraba gritando segundos antes de que cayeran. Sentía su cuerpo volar en la montaña rusa, mientras atravesaba curvas que lo hacían estremecer. Por un instante creyó que el pánico terminaría por hacerlo desmayarse aunque, entre aquella mezcla de sensaciones, descubrió algo de paz. La calma llenaba su corazón de abundancia mientras percibía su cuerpo ascender y descender. Se sentía volar sobre un campo de nubes blancas que con su suavidad le entregaban recuerdos de una infancia pasada, el viento se volvía la sangre en sus venas y su alma la frescura de las brisas.

Los vagones comenzaron a perder velocidad, regresando de nuevo al inicio de la atracción. Una lágrima corrió por la mejilla izquierda de Samy, sin conocer si era por la intensidad de la velocidad o por la del sentimiento de calma.

Bajó del vagón y regresó al carrito de golf, donde Doly lo esperaba sentado en el asiento de conductor.

—¿Te divertiste? —le preguntó a Samy.

—Eh... Eso creo —respondió el muchacho algo cansado.

—Ven, sube. Vamos por algo de comer, ¿te parece?

Samy obedeció y abordó el carrito de golf, el cual se movió al instante, tomando el mismo camino que habían utilizado para

llegar a Calacas Locas. Llegaron al puesto de pizzas donde el robot Lek todavía se encontraba, ahora acomodando sillas y mesas.

—*¿Te has divertido, Samy?* —preguntó Elferías.

—Sí. Eso creo.

—*Muy bien. Les invitaré un batido a ti y a Doly, ¿les parece?*

—¡Aja! —dijo Doly emocionado.

—*¿Les gusta el chocolate?*

—¡Sí, sí, sí! —Doly saltaba de alegría.

—Sí. Está bien —dijo Samy, sonriendo.

—*Lek, haz dos batidos de chocolate, por favor.*

El robot caminó hacia el interior de la cocina del local y pocos minutos después regresó con dos grandes vasos llenos de batido de chocolate. Se los entregó a Doly y a Samy y, mientras el muchacho lo probaba, reflexionó sobre aquel sentimiento que había tenido dentro de la montaña rusa. Era una emoción alegre, inocente y tranquila. Era una emoción infantil.

### **3. EL QUE COME LO DE ADENTRO**

Caía la noche en Charlyton, desvaneciendo la luz del sol y dando entrada un cielo oscuro salpicado de estrellas que Samy miró fascinado. Además de las pecas brillantes que tenía el anochecer, también había cometas que caían constantemente, tres lunas de diferentes tamaños y un colosal planeta verde con anillo de asteroides similar a Saturno.

Lek, el robot, ya se había apagado para ahorrar energías mientras que Doly condujo a Samy hacia el interior de una posada con temática de dinosaurios, había un fósil falso de anquilosaurio en la entrada y murales que representaban la fauna de la época de los reptiles terribles. A Samy le recordó a la bestia que había encontrado en la cámara de basura y se estremeció.

Subió junto con Doly hacia un segundo nivel que consistía en un pasillo con diferentes puertas numeradas. El animal le asignó la habitación 53, abriéndole la puerta con una llave que le entregó en las manos para después decir:

—Descansa, muchacho. ¡Nos vemos mañana!

Samy cerró la puerta y se acostó en una cama con sábanas azules mientras dirigía su mirada hacia una ventana que daba

hacia el anochecer situado a su izquierda. En ningún momento había dejado de pensar en su hermana Daniela, y comenzaba a relacionar aquel sentimiento de inocencia con ella. Con su sonrisa. Con su mirada infantil. Él ya se consideraba un chico mayor como para sentir ese sentimiento juguetón, aunque bien era cierto que disfrutaba jugar con Daniela a cosas de niños, pero no creía que lo que había sentido en la montaña rusa pudiera ser algo relacionado directamente con él. Pudiera ser que, entre las subidas y bajadas de los vagones, hubiese encontrado la inocencia de su hermana perdida en el aire.

De nuevo tuvo ganas de llorar, pero reprimió sus lágrimas y se quedó dormido. A la mañana siguiente despertó con hambre, pensando en que le haría bien que el robot Lek le cocinara algo. Bajó hacia el vestíbulo de la posada, donde se encontraba aquel fósil de anquilosaurio, y caminó hacia el exterior. Todavía no había señales de Doly o del carrito de golf o de la voz de Elferías, por lo que caminó solo hacia el puesto de pizza donde esperaba ver a Lek.

Lo vio sentado en una de las sillas del lugar, con la cabeza sobre una mano en señal de aburrimiento.

—¡Hola! —dijo Samy al robot.

Este volteó a verlo y se levantó de su asiento.

—Ah, tú eres el chico de la otra vez —dijo Lek con una voz aguda y mecánica.

—Sí, soy yo.

—Samy es tu nombre, ¿cierto?

—Sí. Y tú eres Lek.

—Correcto. ¿Qué se te ofrece?

—¿Tienes algo para desayunar? Muero de hambre.

—¿Desayuno? Tengo *hot dogs*, banderillas, pizza, papas fritas, tiras de pollo y hamburguesas. ¿Quieres algo de este menú?

—Pues no sé si tengas desayunos, pero por lo que veo solo haces comidas para las tardes.

—Es correcto. No tenemos muchas visitas temprano por la mañana.

—¿Tienen visitas?

—Hace mucho que no tenemos. Charlyton es un lugar que ha estado en varios lugares para... ya sabes, lo típico, entretener y hacer reír a la gente. Pero últimamente no ha estado muy bien. Tenemos visitas exclusivas, solo para gente como tú. Supongo que ya te lo dijo Doly, pero Charlyton solo se le aparece para quien lo necesita.

—Sí. Me lo dijo.

—Ya veo. Entonces, ¿vas a querer algo de mi menú?

—Pues, escuché que la pizza es saludable para desayunar en algún lugar, así que estaría bien una de puro queso. Por favor.

—¡Con gusto! La traeré de inmediato.

Lek caminó hacia el interior de la cocina de nuevo y comenzó a preparar el pedido de Samy. Él se sentó en la misma mesa que había ocupado el robot antes que él y aguardó a que su comida estuviera lista. Unos segundos después llegó el carrito de golf con Doly encima de él.

—¡Hola, amigo! —dijo la criatura al descender del transporte—. Ya vas a desayunar, ¿ajá?

—Sí. Pedí pizza. ¿Quieres?

—¡Sí, muchas gracias! —Doly se sentó frente a Samy, esperando también la llegada de su desayuno.

La voz de Elferías sonó de repente en las bocinas:

—*¡Buenos días! ¿Cómo están todos? ¿Listos para empezar el día?*

—¡Ajá! —respondió Doly.

—*Muy bien. Buen provecho. Les recomiendo ir hoy hacia la atracción Viento Turista. ¡Qué se diviertan!*



Tan pronto como Elferías terminó de hablar, Lek regresó cargando una bandeja redonda con una pizza de queso reposando sobre ella. La colocó sobre la mesa para después retirarse tras una reverencia.

Samy compartió la pizza con Doly, ambos coincidieron que era deliciosa. Después el carrito de golf tocó su claxon, invitándolos a subirse en él. Los dos lo montaron y avanzaron por el camino rojo, hasta llegar a la entrada de una montaña rusa cuya fachada estaba pintada de un color azul marino.

—Aquí está —dijo Doly—. Aquí es Viento Turista.

Samy descendió de su transporte y miró a la atracción con entusiasmo, caminó hacia ella y se montó en uno de los carritos, esta vez se animó a tomar el primero de la fila. Doly volvió a ajustar la barra de seguridad luego de que él se abrochara el cinturón y segundos después la máquina comenzó a moverse.

El paseo era más ligero comparado con Calacas Locas, sin embargo, a mitad del camino, Samy percibió una fuerte vibración por debajo de sus pies mientras el vagón comenzaba a agitarse con rudeza.

«Algo no marcha bien —pensó Samy—. Algo no marcha *nada* bien».

La máquina continuó agitándose y, durante una bajada, Samy vio un pedazo de hierro que conformaba a la montaña rusa desprenderse, seguido después de más fragmentos metálicos que también se rompieron. Ahora el vagón en el que se encontraba se agitaba y tambaleaba mientras que la atracción se desmoronaba pedazo por pedazo.

Samy gritó con fuerza mientras cruzaba por una nueva bajada y, cuando volvió a ascender, vio la montaña rusa entera desplomarse sobre la tierra mientras él continuaba en los últimos rieles estables. Por fortuna, llegó a salvo a la estación de lanzamiento, donde fue ayudado por Doly a bajar del carro.

—¿Estás bien? —le preguntó el mapache-zorro.

—¡¿Pero qué ha sido eso?!

—El parque... está...

—*Destruyéndose poco a poco* —interrumpió la voz del Elferías desde una bocina cercana.

—Algo así me contó Lek —dijo Samy—. ¡Pero no me esperaba que fuese algo así de grande!

—*Doly, déjame solo con el muchacho.*

Doly asintió con la cabeza y se retiró corriendo en cuatro patas, perdiéndose en un extremo de la calle roja.

—*El parque... —comenzó a decir Elferías— está siendo destruido. No es algo que podamos controlar. Lo siento.*

—¿Quién? ¿Quién lo está destruyendo?

—*El Reptil.*

—¿Es el monstruo que vi cuando llegué?

—*Así es. Él está consumiendo este parque poco a poco. Lamento si los juegos llegan a fallar de vez en cuando.*

—No hay problema. Mientras no me mates está bien.

Las bocinas se apagaron en estática y Samy abandonó la ya derribada atracción de Viento Turista, comenzando a caminar hacia el exterior y encontrando cierto parentesco entre Charlyton y su hermana. Ambos estaban siendo consumidos por una bestia que los comía desde adentro.

#### 4. EL LADO ESPACIAL

Mientras la tarde se avecinaba sobre Charlyton, Samy volvió a devorar otra pizza junto con Doly. El chef Lek se vio muy agradecido por los halagos que estos hicieron sobre su comida y desayuno. Más tarde el muchacho decidió dar un paseo por el parque, sin compañía alguna y mirando en diferentes ocasiones a sus alrededores al creer que el Reptil podría encontrarse rondando por ahí

Anduvo hasta que llegó a la entrada de una puerta de metal de lo que parecía ser un almacén de piedra pintado de negro. De pronto la voz de Elferías habló por una bocina situada bajo un farol:

*—Entra, Samy*

Las puertas del almacén se abrieron de repente.

*—¿Qué es ese lugar? —preguntó el muchacho.*

*—Oh, ya lo verás. Entra.*

Samy no desconfió y entró en el lugar. Frente a él, apenas iluminado por la luz del sol, se encontró un carrito sostenido sobre vías. Se subió en él, viendo adelante un túnel que se extendía varios metros hacia adelante.

—*Prepárate* —le dijo Elferías.

—Estoy listo.

—*Pues allá vamos.*

El carrito comenzó a moverse lentamente, mientras que las puertas detrás de Samy se cerraban y el túnel se llenaba de una oscuridad total. El muchacho no distinguió nada más que el avance del transporte durante unos segundos hasta que, en la pared derecha del túnel, una luz comenzó a brillar. Era una pantalla en un inicio borrosa, pero volviéndose clara al instante mientras comenzaba a mostrar diferentes imágenes. Se trataba de un montaje al que Samy le dio su completa atención, vio diferentes escenarios cósmicos: galaxias enteras formándose, soles estallando y creando agujeros negros, una lluvia de asteroides que se extendía por años luz de distancia y diferentes universos que no podría describir con palabras humanas.

—¿Qué es esto? —se preguntó Samy, no esperaba que la voz de las bocinas le diera una respuesta, pero aún así lo hizo.

—*Es el Pasillo del Cosmos. Un lugar que ha logrado ver diferentes escenarios del universo a lo largo de los milenios. Los guarda aquí, como si fuese su memoria.*

—Es... Impresionante.

—Puede mostrar memorias tuyas también, si así lo quieres.

*Es una máquina muy poderosa.*

Samy dudó por un momento, pero pronto recordó lo mucho que extrañaba a su familia. Deseaba poder verlos, aunque fuese en la pantalla de un túnel en un parque de diversiones.

—Sí. Sí me gustaría —respondió.

Conforme el carrito avanzaba la pantalla se iluminaba de colores amarillentos y alegres, mientras mostraba las imágenes de los recuerdos de Samy. Comenzó con diferentes momentos con sus padres y su hermana Daniela, cuando solían ir al cine a ver películas infantiles, cuando comían en restaurantes o cuando celebraban un cumpleaños en casa. Y, entre todos ellos, su visita a la feria donde terminaron bajo la lluvia y comiendo *hot dogs* dentro del auto. La risa de Daniela se volvía una melodía que abrigó el corazón de Samy.

Y, finalmente, el muchacho se permitió soltar una única lágrima.

## 5. UN TREN EN LAS NUBES

Samy regresó a su habitación con la llegada de la oscuridad de la noche, contemplando de nuevo aquel cielo majestuoso donde el planeta verde de anillos de asteroides brillaba con intensidad junto a las lunas. Intentó conciliar el sueño durante una hora, sin tener éxito. Lo que había visto en el Pasillo del Cosmos lo había dejado perplejo. Sabía que debía regresar junto a su familia en algún momento quizá no muy lejano, en especial porque el constante recuerdo del accidente de auto llegaba a su cabeza como un recordatorio para volver.

Mientras todo Charlyton descansaba, Samy salió de su habitación, caminando de vuelta hacia la plaza donde la fuente permanecía apagada, llegando a la entrada del arco amarillo y caminando de vuelta al estacionamiento, para después llegar a las vías del tren verde que lo condujeron hacia la estación-recepción. Temía volverse a encontrar con el Reptil, sabiendo que quizá no había sido lo más inteligente salir de noche y hacia aquel lugar.

Sin embargo, ahí se encontraba, teniendo delante de él al tren verde sobre sus rieles. Caminó hacia la máquina con cautela,

intentando no hacer ruido pisar porque si llegaba a despertar al Reptil sabía que no terminaría bien.

—Hey, hola —le dijo susurrando al tren verde—. No sé qué tienen las máquinas de este lugar, pero creo que todas parecen tener vida. ¿Crees que me puedas llevar de vuelta a casa?

De pronto Samy tuvo una extraña sensación. La sensación de que su tiempo dentro de Charlyton todavía no terminaba. Dentro de aquel lugar había encontrado una relación consigo mismo y su familia que jamás habría podido vislumbrar en el mundo ordinario. Era la bestia que comía desde adentro del cuerpo y las memorias lo que le recordaba que quizá debía permanecer en el parque. ¿Podía Charlyton mostrarle todavía más de lo que comenzaba a descubrir?

—No... —volvió a decirle al tren—. Olvídalo. Llévame a cualquier lugar, pero que sea dentro del parque, por favor.

Tan pronto como se sentó sobre el vagón, el tren comenzó a moverse sobre los rieles. Para alivio de Samy, no hubo señales del monstruo en ningún momento.

Siguieron un sendero ubicado en una zona boscosa, pasando al lado de enjambres de luciérnagas y algunos animales nocturnos como lechuzas que salían a cazar. Samy apoyó su cuerpo



frente a una de las ventanas del vagón, mirando ese anochecer espacial que tanto le encantaba. Se preguntaba si aquel planeta de anillos de asteroides realmente se trataba de Saturno, pero dudaba de que así fuera por algún motivo. Tal vez percibía aquel lugar, Charlyton, demasiado alejado del Sistema Solar, tanto así que posiblemente había descubierto un nuevo planeta (O quizá también, una nueva galaxia, o nuevo universo también).

—Vaya —exclamó Samy en voz alta—. Este lugar es... Vaya.

El muchacho tardó en percatarse de que el tren verde comenzaba a desprenderse de sus rieles, primero levitando y, más tarde, alzándose en vuelo hacia el cielo anochecido. A Samy llegó de nuevo esa sensación de vértigo que creía que solo encontraría en una montaña rusa. La máquina sobrevolaba con lentitud las nubes, aparentando por un momento encontrarse verdaderamente en el espacio exterior.

Samy continuó contemplando aquel panorama celestial, mientras recordaba lo vivido dentro del Pasillo del Cosmos. Aquel cielo le recordaba con intensidad a lo que había visto en la pantalla de aquel recorrido, la creación de múltiples universos, galaxias y planetas, constelaciones de millones de estrellas unidas en un mismo plano. Una belleza que hizo a sus ojos humedecerse.

—Ay, ¿en qué me he metido? —se preguntó a sí mismo Samy, nuevamente en voz alta—. Este lugar es tan... *cósmico*. No creo ni siquiera que me encuentre en algún lugar dentro de mi planeta. Es tan extraño.

Después llegaron los recuerdos que se habían proyectado también dentro del Pasillo del Cosmos. Él y su familia, su infancia, Daniela y los momentos que había vivido con ella. Recordó haber soltado una lágrima, algo que no se permitía hacer a menudo. Sin embargo, en la profundidad de sus emociones, sabía que existía un fuerte dolor que, al igual que el monstruo de su hermana y el parque, lo estaba comiendo desde adentro. Tenía miedo. Miedo a perder a Daniela. Miedo de no poder verla crecer. Miedo de no poder revivir su infancia junto con ella mediante los juegos que hacían. Ese miedo devoraba sus energías, corrompía su alma y dañaba su corazón.

El tren continuó volando por una hora, permitiendo admirar cometas que caían como lo habían hecho desde la primera noche, también a las tres lunas iluminar la oscuridad con su blanco esplendor y al planeta verde, parecido a Saturno, imponiéndose como una montaña sobre el cielo.

Poco a poco el tren verde, que había funcionado como una nave espacial por un buen rato, comenzó a descender hacia la superficie, pasando por encima del parque de diversiones y llegando después a una vía, donde se encajó y continuó avanzando a la misma velocidad calmada que había adquirido desde un inicio.

Samy llegó entonces de regreso a la estación-recepción, donde el tren se detuvo y el muchacho lo abandonó dando un salto desde el vagón hasta el césped sobre la tierra.

—Muchas gracias —le dijo al tren—. Ha estado bonito el paseo.

Comenzó a caminar de vuelta al parque Charlyton, pasando por el estacionamiento y la fuente de agua apagada. Llegó entonces de vuelta a la calle principal, donde todavía parecía que todo mundo dormía. Pero de pronto, la voz de Elferías resonó en forma de susurro en una de las bocinas.

—*¡Samy!* —le dijo. Su tono se escuchaba alterado y preocupado—. *¿Samy, me oyes?*

—*¡Sí! ¡Aquí estoy!*

—*¡Chst! No hables tan fuerte.*

—*¿Por qué? ¿Qué pasa?*

—*El Reptil... Está por el parque.*

—¿El reptil? ¿En serio?

—*¡Sí! ¡Tienes que esconderte rápido!*

El primer pensamiento que tuvo Samy fue ir corriendo hacia su habitación, y así lo hizo. Jadeando y dando su máxima velocidad cruzó la calle que lo conducía hacia la posada de los dinosaurios pero, cuando se encontró ahí, vio una silueta alta y repugnante que le daba la espalda, desprendiendo un hedor horrible a huevo podrido. Era el Reptil.

## 6. CHATARRA

Samy quedó paralizado ante la horrible bestia que, por fortuna, tenía su mirada perdida hacia el otro extremo de la calle. Comenzó a retroceder con lentitud, sintiendo su corazón casi salirse de su pecho junto con su alma. La criatura pareció olfatearlo y, con lentitud, comenzó a voltear su cabeza de serpiente hacia el chico. Él, antes de que pudiera verlo de frente (cosa que se prometió jamás volver a repetir como aquella vez en la cámara de basura) corrió, doblando una esquina de la calle, sin siquiera importarle a dónde iría a parar.

El Reptil rugió y lo persiguió.

*—¡Samy! —dijo la voz de Elferías—. Puedo controlar el parque, así que lo contendré por un momento, pero necesito que te escondas. ¿Entiendes?*

Samy no tuvo aliento como para responder, pero logró asentir ligeramente con la cabeza.

*—Muy bien. ¡Sigue corriendo!*

De repente unas luces comenzaron a brillar desde las esquinas más oscuras del parque, amarillas y eléctricas, avanzando con rapidez hacia el Reptil. Se trataba de un pelotón de robots

—similares a Lek pero con piezas faltantes y oxidados—, que se abalanzó sobre el monstruo, derribándolo sobre el suelo mientras lo golpeaban, dándole el tiempo suficiente a Samy como para adentrarse por un callejón escondido.

Sin embargo, a pesar del esfuerzo que hizo el grupo de seres mecánicos, el Reptil logró desprenderse de ellos con facilidad, yendo en persecución del muchacho. Él se encontró de pronto frente a la entrada del Pasillo del Cosmos, las puertas se abrieron en el instante en el que se posó frente a ellas.

—*iEntra!* —dijo Elferías.

Samy obedeció y se internó en el pasillo en el que había visto sus recuerdos correr cual río y la creación de diferentes universos estallar ante su mirada. Pero, en ese momento, el lugar se encontraba a oscuras, haciendo imposible distinguir sus alrededores. Para intentar avanzar colocó su mano izquierda sobre la superficie de la pared del túnel, sabiendo que se trataba de un camino recto y no tendría desviaciones.

Se sumergió en la oscuridad mientras Elferías daba un anuncio en los altavoces de la atracción:

—*Muy bien. Sigue avanzando. Intentaré detenerlo por otro momento.*

—¿Qué le harás? —preguntó Samy, temblando.

—*Le daré una descarga eléctrica. Tú solo sigue avanzando.*

*Estarás bien.*

En el momento en el que terminaba de hablar la puerta crujió, Samy percibió un siniestro siseo proveniente del Reptil, no se hallaba lejos de él. Comenzó a correr, manteniendo su mano izquierda sobre la pared del túnel. El Reptil rugió con una fuerza mayor, dándole escalofríos a Samy. La bestia comenzó a perseguirlo de nuevo, siguiendo su olor. De pronto, una luz azulada emergió desde el techo iluminando por un instante el túnel en el que Samy pudo ver aquel rostro carente de humanidad. Después una ráfaga de rayos cayó sobre el monstruo como un relámpago. El muchacho tuvo tiempo de sacarle ventaja, avanzando casi hasta el final del recorrido del Pasillo del Cosmos.

Pero el Reptil resistió el toque que se le había lanzado y corrió en dirección hacia Samy en el momento en el que él pisaba la salida. La descarga eléctrica había neutralizado por un momento los sentidos de la bestia, siendo una fortuna para Samy; la criatura hizo mover uno de sus brazos con brusquedad, golpeando al chico con una fuerza que lo hizo caer, más no morir o paralizar. Lo

impulsó hacia atrás y resbaló sobre una pendiente, rodando y embarrándose de tierra.

Al final, aterrizó en un suelo cubierto de piedras donde algunos árboles sin hojas se alzaban, a su alrededor montones de chatarra —de antiguos objetos mecánicos o piezas de repuesto—, se hallaban tiradas sobre la tierra. Veía carritos enteros de alguna montaña rusa, oxidados o rotos, soportes para juegos y algunos pedazos que no lograba clasificar.

—*Quédate ahí* —le susurró la voz de Elferías—. *El Reptil está aturdido, no tardará en irse.*

Samy permaneció callado, todavía analizando su entorno, mirando por encima de la pendiente a un Reptil confundido que estornudaba sacando mocos y rugía con fuerza. Pocos minutos después, la bestia se retiró con rapidez, aunque el muchacho aguardó todavía unos segundos antes de levantarse.

Cuando finalmente lo hizo una idea surgió en su cabeza al apreciar más detenidamente los pedazos de basura desparramados por el lugar.

—¿Volverá? —le preguntó a Elferías.

—*Viene de vez en cuando. Pero no te preocupes por eso.*

—No... Sí me preocupo. Me gustaría ayudar.



—*¿Cómo vas a ayudar?*

—Ya lo verás. Es una sorpresa.

—*Bueno... Sí tú lo dices.*

Samy escaló la pendiente y regresó a su habitación, sabiendo que el monstruo no volvería aquella noche pero, cuando lo hiciera, él estaría listo para defender a Charlyton.

## 7. ¿POR QUÉ ESTE LUGAR?

A primera hora de la mañana siguiente, Samy despertó listo para comenzar con su nuevo proyecto. Se dirigió primero en búsqueda de Doly, encontrándolo durmiendo junto a la fuente de la entrada. Agitó su hombro peludo y el animal despertó.

—Oh, ¡hola! —dijo el animal—. ¡Buenos días!

—Buenos días. ¿Cómo estás, amiguito?

—Yo estoy bien, gracias. ¿Y tú?

—Sin mencionar que ayer vi al monstruo ese con cabeza de serpiente, estoy muy bien.

—¿Viste al Reptil?!

—Sí. Ya lo había visto antes, ¿te acuerdas?

—Oh, sí. Claro que me acuerdo. Pero me inquieta que lo hayas visto dentro de Charlyton. Le gusta hacer de las suyas por aquí.

—¿Sabes qué hace cuando viene?

—No sé con exactitud. Pero supongo que tiene algo que ver con que el parque se esté destruyendo. La verdad no sé mucho sobre estos temas, ¿ajá? Por cierto, ¿alguna vez te mostré mi

tienda? Bueno, no es precisamente *mi* tienda, pero tiene la temática de Doly, la mascota de Charlyton. ¿Comprendes?

—Sí, te comprendo, Doly. Pero será en otro momento, venía a preguntarte si tienes algún objeto para cargar diferentes cosas. Como una carreta o un carrito de supermercado.

—¡Ah! Buscas un carrito de supermercado, ¿aja?

—Sí. Eso es lo que busco.

—Pues, en la tienda de Doly hay muchos. ¡Vamos, vamos!

La criaturita se levantó y comenzó a dar saltos de emoción. Samy lo miró sonriendo y lo siguió cuando comenzó a caminar. Siguieron el rumbo de una calle diferente a la de adoquines rojos, teniendo esta unos de color azul celeste. El chico dedujo que se trataba de la zona de compras principal de Charlyton, teniendo diferentes tiendas y escaparates a su alrededor. Pronto se encontraron frente a uno cuyo nombre decía: «TIENDA DE DOLY ¡LA MASCOTA DE CHARLYTON! EL LOCAL MÁS GRANDE DEL PARQUE».

La criatura mapache-zorro se detuvo frente a su propio local, viendo con añoranza la vitrina de la tienda en donde se posaban diferentes figuras y peluches de él mismo. Dio un fuerte suspiro y dijo con una voz tranquila:

—Hace mucho que no estoy por aquí. No hemos tenido gente desde unos muchos años.

—Me lo puedo imaginar.

—Me hace muy feliz que estés aquí —Doly le dio a Samy una sonrisa que mostraba sus colmillos.

—A mí también me da gusto —Samy le devolvió la sonrisa mientras una pregunta cruzaba por su cabeza: «¿Por qué estoy aquí?».

El muchacho había encontrado en aquel lugar de diversiones detalles con los que encontraba cierta similitud con sus inquietudes. Aquel “cáncer” misterioso que estaba comiendo el parque desde adentro y los recuerdos vistos en el Pasillo del Cosmos (tenía miedo de perder esos recuerdos, a no poderlos revivir jamás; realmente lo tenía) eran los principales indicios de que el parque de diversiones estaba intentando comunicarle algo.

«Charlyton solo se aparece para el que lo necesita». Le habían hecho saber.

«Pero, ¿por qué estoy aquí?» Continuaba preguntándose.

—Bueno, ¡entremos! —exclamó Doly interrumpiendo los pensamientos de Samy.

—Ah, sí —dijo el muchacho acompañando al animal.

El interior de la tienda poseía principalmente colores rojos y amarillos, viendo imágenes en caricatura de Doly en algunos estantes y varias blusas, sudaderas, termos y todo tipo de objeto con su rostro. El Doly original, aquel que caminaba a su lado, se veía orgulloso al ver que Samy admiraba el local con fascinación.

—Sígueme —le dijo al muchacho.

Samy siguió a Doly hacia un extremo de la tienda, la cual era más grande de lo que parecía ser en la fachada, donde encontraron una fila de carritos de supermercado. Tomó uno de ellos y exclamó con alegría:

—¡Muchas gracias, Doly!

Al voltear no lo encontró por ningún sitio, sin embargo su voz respondió desde otro extremo de la tienda:

—¡Ven por aquí, muchacho!

Samy siguió su voz, encontrando al animal trepado en una estantería donde se exhibía una gorra azul y roja con su imagen. La tomó y bajó de ahí, extendiéndola hacia Samy.

—Toma, es para ti, ¿ajá? —dijo Doly—. Un regalo de agradecimiento por parte mía.

Samy se la colocó en la cabeza y, aunque quedaba un poco apretada, se vio igual de agradecido.

—Muchas gracias, Doly —le dijo al animal sonriéndole.

—¡Un placer!

—Oye, ¿quieres acompañarme? Voy a ir a donde esta toda la charra tirada. Estoy planeando una sorpresa para ustedes, voy a crear algo que nos pueda ayudar a detener al Reptil.

—Oh, ¡sí! ¡Me encantaría! Pero, ¿en serio te quieres enfrentar a ese animal?

—Ya veré... Ya veré.

Así ambos partieron hacia la parte inferior de la pendiente donde se encontraban las piezas metálicas desplomadas sobre la tierra. Doly le indicó a Samy un sendero para cruzar con el carrito de supermercado con mayor facilidad, transportando diferentes objetos para después llevarlos hacia una esquina en la habitación del muchacho.

Terminaron su labor al atardecer y caminaron de vuelta hacia el puesto de pizzas de Lek.

—¿Cómo les fue hoy? ¿Se divirtieron? —preguntó el robot Lek.

—¡Sí! —respondió Doly—. Ayudé a Samy con un proyecto que tiene. ¡Va a intentar detener al Reptil!

—Ah, ¿en serio? —continuó Lek.

—¡Sí! —dijo Doly.

—Bien hecho. ¿Van a querer que les prepare algo? ¿Una pizza? ¿Unos hot dogs?

Doly miró a Samy, como si esperara que él respondiese a la pregunta del robot.

Él le sonrió.

—Sí. Dos batidos de chocolate y una pizza, por favor —dijo Samy

—A la orden. Vuelvo de inmediato.

Cuando Lek regresó con la comida y los batidos, permaneció junto a el mapache-zorro y el humano, todos contemplando la noche caer mientras que en el cielo emergían las tres lunas y el planeta con el anillo de asteroides.

Después de cenar, y ya con el cielo completamente a oscuras, Samy regresó a su habitación donde comenzó a trabajar. No era un experto creando objetos a partir de metal, pero se las arreglaría. Comenzó a encajar diferentes piezas y golpear algunas con un martillo que también había encontrado tirado bajo la pendiente.

Cuando terminó su primera parte del proyecto, se tumbó en su cama y se sumergió en el mundo de los sueños poco después de

cerrar sus ojos. Vio la calle donde el accidente de auto había sucedido, la ambulancia había llegado junto a un auto de patrulla. Sus padres salían del auto y abordaban el vehículo del hospital, con algunas lesiones en su cuerpo, pero suficientemente conscientes para decir:

—¿Dónde está nuestro hijo? —decía su padre.

—¿Qué le pasó? —decía su madre.

Pero no había respuesta por parte de los enfermeros o policías, quienes seguían esculcando entre los escombros del auto.

—¿Hay alguna señal del chico? —preguntó uno de los enfermeros a un oficial.

—Ninguna. Me parece que la pareja ha alucinado, no hay ningún rastro de él. No estaba en el auto en el momento del accidente.

A pesar de tener los ojos cerrados con fuerza, Samy logró derramar esta vez dos lágrimas, mientras exclamaba en voz baja:

—Aquí estoy.... Aquí estoy.



## 8. GERENTE

Poco después de despertar, Samy continuó trabajando en el objeto del que esperaba que pudiera derrotar al Reptil. Trabajó durante una hora y cuando salió hacia el exterior descubrió que todavía era temprano, la luz del sol apenas lograba asomarse y las lunas y el planeta aún eran visibles.

Caminó hacia el puesto de pizza y le sorprendió ver que Lek permanecía encendido y trabajando barriendo el suelo. El robot lo saludó alzando la mano mientras que él se sentaba en una mesa, haciéndole compañía.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —preguntó Lek.

—Podría preguntarte lo mismo —respondió Samy, sonriendo.

—A veces se me da por limpiar la pizzería, no necesito motivo alguno. Charlyron estaba muy abandonado antes de que llegaras, así que esto me entretiene para matar el tiempo

—Entiendo. Me había dicho Doly que habían estado ustedes muy solos.

—Sí. Han pasado muchos años.

—Exactamente eso me dijo Doly.

Hubo un momento de silencio en el que sólo se escuchó el ulular del viento mientras que en el cielo el sol se asomaba iluminando Charlyton con su luz.

—Oye, Lek —dijo de pronto Samy.

—¿Qué pasa? —preguntó el robot.

—¿En dónde estamos?

—En Charlyton, evidentemente.

—Sí lo sé. Pero... no me da la sensación de que estemos en mi mundo, ¿sabes?

—Si supiera dónde queda Charlyton te lo diría.

Volvieron al silencio de nuevo, mientras que Samy reflexionaba aunque no teniendo completa certeza sobre qué pensar ante aquella respuesta o sobre la verdadera esencia de Charlyton.

El sol ya estaba iluminando el parque de diversiones a su totalidad y la voz de Elferías sonó por uno de los altavoces:

—*Buenos días a todos. ¿Cómo va tu proyecto, Samy?*

—Bien, gracias.

—*Muy bien. ¿Y tu comida, Lek? ¿Has cocinado algo?*

—Oh, cierto. Olvidé preguntarte Samy, ¿quieres algo de desayunar?

Samy, aunque ya se sentía algo cansado de la comida chatarra, no pudo evitar responder que sí. Cuando el robot se hubo retirado para cocinar, Eferías continuó hablando:

—*¿Te gustaría escuchar algo de música, Samy?*

—Sí, ¿por qué no?

Las bocinas desde las que Eferías hablaba se distorsionaron por un instante en estática, hasta que una melodía comenzó a escucharse; en un inicio a Samy le recordó a una canción de una película musical de Disney, pero poco a poco comenzó a tomar forma. La mezcla de instrumentos evocaba sonidos similares a los de un circo y, mientras avanzaba la letra, esta golpeaba con fuerza los sentimientos del muchacho.

Aquellos eran unos versos y un coro con los que lograba identificarse, desenvolviendo sus emociones reprimidas desde su llegada a Charlyton . Veía a su hermana, su padre y su madre, y a él mismo, unidos por esa armonía. Aunque, en especial, se veía a él únicamente, un muchacho de quince años que pronto crecería.

Y la canción continuaba sonando así:

*And I'll be next up forever*

*Cause I don't know what's coming next.*

*I know I gotta grow sometime*

*But I don't think I'm ready yet...*

Samy se perdía en aquellos sonidos con los que conectaba sus pensamientos y sentimientos íntimos. Si bien era cierto que temía que jamás llegase a ver crecer a su hermana, también él mismo temía crecer de cierta forma. No podía imaginar vivir una adultez que Daniela jamás pudo vivir, tener que afrontar las responsabilidades por su cuenta y perderse de las diversiones, diversiones como el parque en el que se encontraba.

Y por un instante pudo responder la pregunta que se había planteado el día anterior: «¿Por qué estoy en este lugar?». Sin embargo, eran muchas las respuestas que tenía. ¿Para vivir los últimos fragmentos de su infancia? ¿Para poder divertirse una temporada más antes de crecer? ¿Para poder ver a su familia desde una perspectiva diferente? Quizá tal vez también para ayudar a Charlyton del cáncer que lo había invadido, de su destrucción, incluso desconociendo el lugar en el que el parque de diversiones

se encontraba, su verdadera esencia y propósito o la razón por la que se estaba abandonado desde hace años.

La canción terminó y la voz de Elferías sonó de nuevo en los altavoces:

*—Eso fue Next Up Forever de AJR. Lindo día.*

—Elferías —dijo Samy—, ¿crees que pueda ir otra vez al Pasillo del Cosmos?

*—Puedes. Pero ahora, a comer.*

Lek regresó con dos hot dogs para Samy. Él los comió con rapidez y, cuando se disponía a ir al Pasillo del Cosmo , llegó Doly, agitando la cola con rapidez.

—¡Hola a todos! —dijo la mascota del parque—. ¿A dónde vas, Samy?

—Ah, ehm. Iré un rato al Pasillo del Cosmos. ¿Te gustaría venir?

—¡Sí! ¡Vamos!

Juntos caminaron hacia el Pasillo Cósmico, montándose en el carrito una vez que estuvieron dentro. Permanecieron en silencio mientras se internaban en la oscuridad, la cual pronto fue iluminada por la luz de la pantalla en la pared derecha, ahí se encontraron las mismas sorprendentes imágenes de la creación del

cosmos en las que Samy se perdía con la mirada. Aquellos escenarios le llamaban de cierta forma, se le hacían interesantes y curiosos sin comprender por qué. Suponía que quizá el universo y sus formas de actuar tenían relación con su estancia dentro de Charlyton.

El recorrido terminó, pero Samy no bajó del carro al instante. Había sido de nuevo conquistado por sus pensamientos y emociones, y estaba por volver a soltar una lágrima, quizá surgida al recordar a su familia y admirar las maravillas del universo, cuando de pronto la voz de Elferías interrumpió:

*—Doly, ¿crees poder llevar a Samy hacia la oficina principal? El Gerente desea verlo.*

—¡Sí! ¡Con gusto! —respondió la criatura.

—¿Gerente? —preguntó Samy.

—Así es. Es un personaje más de este parque, otro robot motorizado. No lo vemos mucho, pero de seguro tendrá una razón para verte. ¡Andando!

Samy siguió a Doly, descubriendo una nueva calle del parque cuyos adoquines eran verdes y era en su mayoría rodeada por diferentes juegos mecánicos. Pero no se detuvieron frente a ninguno de ellos, continuaron su camino hasta llegar a un edificio

similar a un ayuntamiento, donde las puertas permanecían cerradas pero a la espera de Samy.

## 9. EL VERDADERO ROSTRO

Frente a la entrada del ayuntamiento Samy y Doly se encontraban. El animal le dirigió una mirada empática, después señaló con su mirada las puertas del edificio, invitándolo a entrar en él.

—¿Tú no vienes? —preguntó Samy a la criatura mapache-zorro.

—No, yo no. Supongo que solo te querrá ver a ti.

—¿Por alguna razón en específico?

—No lo sé. Supongo que solo te querrá saludar.

—Está bien.

Samy abrió la puerta del ayuntamiento, frente a él se encontraba un vestíbulo apenas iluminado por la luz solar, con hojas de papel dispersas sobre el suelo cubierto de polvo. En el extremo izquierdo se encontraban unas escaleras que conducían hacia un nivel superior, Samy supuso que siguiendo aquel camino encontraría al gerente. Ascendió por los escalones, llegando a un pasillo con una única puerta al final del mismo.

Samy avanzó hacia la puerta, percibiendo su corazón a gran velocidad aunque desconociendo el motivo de ello. Quizá se trataba de un latido nacido de unos nervios no del todo racionales



por conocer al Gerente, sabiendo que él, muy seguramente, sería aquel que controlaba todo Charlyton desde su asiento. No se llamaba Gerente por nada.

Descubrió que la puerta de entrada se encontraba abierta, la empujó y llegó a una habitación que le recordaba a la cabina de un avión, teniendo diferentes luces, monitores y pantallas que mostraban algunas cámaras de seguridad del parque. En el centro de todo aquello vio el respaldo de una silla donde, supuso, se encontraba sentado el Gerente.

—Disculpe —comenzó a decir el muchacho—. Soy Samy.  
¿Me llamó?

No hubo respuesta en un inicio por parte del Gerente, por lo que Samy continuó caminando hacia la silla en la que se encontraba y, al encontrarse a su lado, vio que un robot descansaba sobre ella. Sus ojos eléctricos estaban apagados y su cuerpo negro y metálico permanecía inmóvil.

—¿Hola...?

En el momento en el que Samy habló por segunda vez, los ojos del robot se encendieron en una luz celeste que brilló con intensidad, deslumbrando por un momento al muchacho. El robot

balbuceó por un momento con una voz electrónica mientras se levantaba del asiento para al final decir:

—*Oh, ¡hola!* —Samy podía jurar que la voz del robot era idéntica a la de Elferías, no se distinguía si se trataba de una voz masculina o femenina.

—Eh... ¿hola?

—*Sabes quien soy, ¿verdad?*

—Eh... Eres el Gerente, pero tu voz me recuerda a la de Elferías.

Hubo un momento de silencio en el que Samy pudo distinguir cierto pitido que resonaba dentro de la habitación de los botones y luces, quizá proveniente de alguno de los muchos monitores que se encontraban dentro de la sala.

—*Sabes quien soy, ¿verdad?* —repitió el Gerente, como si estuviera averiado y solo pudiese repetir la misma frase como respuesta varias veces.

—¿Supongo?

—*Muy bien. Creo que es momento de revelarte el verdadero rostro.*

Samy se sobresaltó.

—¿Verdadero rostro? ¿De qué hablas? Eres Elferías, ¿no es así?

—*A lo largo de los años he adoptado diferentes nombres . He viajado en diferentes mundos, en diferentes tiempos, en diferentes lugares, y...*

—¿De qué estás hablando? ¡Me das miedo!

—*Paciencia, Samy. Estáte tranquilo y déjame continuar.*

—Pero... Pero... ¿qué eres?

—*Como te decía, Samy, he adoptado diferentes nombres y he viajado por diferentes lugares. Yo, Elferías, soy Charlyton y todo lo que habita en él. Viajo por el Universo en búsqueda de dar felicidad a cualquiera que lo necesite y he adoptado muchas formas; un parque, un edificio, un parque de juegos mecánicos, una feria...*

Samy miró a Elferías todavía más sobresaltado.

—*Y ahora, después de tantos años, estoy muriendo. Esta bestia que vive dentro de mí... me está matando. Solo... Solo quería jugar con alguien una vez más y hacerlo feliz.*

Los ojos de Samy se inundaron de lágrimas.

—¡Pero yo lo voy a detener, Elferías! ¡Voy a evitar que te haga daño!

*—No, chico, ya es tarde para mí. Estoy demasiado débil y no voy a resistir mucho. Lo que te cuento ahora solo tú lo sabrás, porque mereces conocer quién soy realmente antes de que regreses a tu mundo.*

El robot comenzó a tambalearse de pronto, sufriendo una especie de contracción que lo hizo caer al suelo. Samy se agachó a su lado, con la mirada todavía húmeda y la boca en señal de tristeza.

—Resiste —dijo el muchacho—. Venceré al monstruo, ya lo verás.

*—Sé que lo harás. Pero tienes que saber que ya es tarde para mí.*

Samy se sentó a su lado, haciéndole compañía al triste robot que decía ser todo el parque de diversiones que lo rodeaba. Respiró profundo, intentando calmar sus sentimientos. En su mente visualizaba al parque muriendo, partiéndose en diferentes piezas mientras era conquistado por la oscuridad. Le deprimía el hecho de que Charlyton llegase a su fin.

—Entonces... —comenzó a decir Samy después de serenarse—. ¿Eres como una entidad cósmica? ¿Una que se dedica a hacer felices a los demás?

—Sí. Así es.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué te dedicas a hacer feliz a los demás?

—Supongo que porque... ese es mi deber dentro del Universo... O quizá el que me asignaron los Seis Soles. Realmente no me pongo a pensar mucho en eso, pero me gusta hacerlo.

—¿Quiénes son los Seis Soles?

—Hay más entidades dentro del universo, unas más poderosas que otras. No sé mucho de ellos, pero supongo que los Seis Soles controlan parte de algunos de esas entidades de alguna manera, incluyéndome .

—Entiendo... Elferías... no vas a morir, no mientras que yo esté aquí. No quiero perder a nadie, a nadie en mi vida.

—Oh, Samy, eres todavía muy joven. Perderás a mucha gente a lo largo de tu vida, ya lo verás.

—¡No digas eso! ¡No sabes de lo que hablas!

—No hablo más que la verdad, Samy.

—Pero... —cuando Samy se disponía a contestar, nuevamente lo asaltó aquella sensación de miedo, el miedo de crecer, el miedo de crecer y perder todo lo que ha conocido. ¿Sería

aquello algo inminente? ¿En serio era tan joven como para comprender que todo es perecedero?

—*Samy... —continuó diciendo Elferías—, no quiero que me malinterpretes, pero tienes que saber que todo terminará en su momento. Conforme crezcas lo entenderás, pero también es bueno saber que tienes el corazón y la valentía para salvar lo que amas.*

Samy no pudo contener más el sentimiento y se derrumbó en llanto acompañado por sollozos, sus lágrimas ahora eran incontables y su rostro se sonrojaba mientras soltaba su tristeza acumulada.

—No los quiero perder —dijo él entre lágrimas—. Ni a Daniela ni a ti. No los quiero perder.

—*Solo el tiempo lo definirá.*

—¿Cuánto tiempo?

—*No lo sé.*

Samy guardó silencio y continuó llorando por un largo rato en el que Elferías colocó su mano izquierda sobre su hombro en señal de afecto, intentando consolarlo a pesar de él también encontrarse con pocas energías.

Conforme el llanto de Samy fue disminuyendo, a su cabeza regresó la memoria del proyecto que tenía en mente para detener al Reptil. Sus lágrimas se fueron secando y la valentía regresó a su alma. Se levantó del suelo y extendió una mano hacia Elferías en señal para que él también lo hiciera.

—*No* —respondió la entidad cósmica en forma de robot—.

*No me puedo levantar. No ahora.*

—En algún momento lo vas a tener que hacer, porque yo mismo derrotaré al Reptil.

—*No tiene sentido, ya es demasiado para mí.*

—Ya lo verás. Lo venceré... Te lo prometo.

—*Entonces ve, Samy... Ve a prepararte. Pero no olvides...*

*No olvides divertirte. Para eso existo, por las diversiones y la felicidad.*

Samy le dirigió una tímida sonrisa y caminó fuera de la habitación que se parecía a la cabina de un avión. Descendió los escalones y regresó a las calles de Charlyton, donde al llegar a su habitación dedicó el resto del día para continuar con su proyecto.

## 10. MIENTRAS SE DUERME

Samy fue acostarse ya cuando el planeta y las lunas se alzaban sobre el cielo anochecido. Sus brazos se hallaban doloridos después del martillero y el ensamblaje de las diferentes piezas que había logrado conseguir del vertedero debajo de la pendiente. Mientras dormía los sueños comenzaban a llegar, primero en diferentes escenarios que parecían fotografías, luego con un movimiento difuso que se fue esclareciendo hasta formar una visión en movimiento. Primero vio el pasillo donde personas en batas blancas caminaban, para después internarse en una de las habitaciones contiguas, donde una persona permanecía sentada leyendo un libro bajo la luz de una lámpara nocturna. Era Daniela, su hermana pequeña.

—Estoy aquí —decía Samy con una voz que él apenas alcanzaba a escuchar—. Estoy aquí. No te preocupes, siempre estaré aquí.

De pronto la imagen de su hermana dentro de su habitación comenzó a desvanecerse como un reflejo en la superficie de un río en movimiento, para después volver a adquirir forma en una nueva recámara. Esta vez viendo en ella a su madre, dormida. No duró



mucho el panorama; aunque en un inicio parecía que el cuarto no había cambiado, Samy se percató de que ahora sobre la cama se hallaba su padre, vestido en pijama y leyendo un periódico.

El muchacho sonrió y dejó soltar una lágrima que se perdió en el mundo de fantasía de los sueños, arrastrada por el agua del río en el que había visto el reflejo de su familia.

## 11. EL ENFRENTAMIENTO

En el momento en el que el sol cubrió Charyton de nuevo, Samy abandonó su habitación —no sin antes colocarse la gorra que le había regalado Doly— con un gran entusiasmo que hacía su corazón latir a gran velocidad mientras atravesaba la calle de adoquines rojos, cargando con su creación en uno de los carritos de supermercado que Doly le había entregado en un inicio para guardar la chatarra de la pendiente.

Saludó rápidamente a Lek alzando la mano, el robot se encontraba esta vez sentado en una de las mesas del exterior del lugar, respondiendo con el mismo gesto. Después el muchacho caminó por la calle que conducía hasta el ayuntamiento, llegando a él poco después. Subió la escalera, dejando el carrito en el primer nivel y caminando hacia la habitación de luces y botones.

—¡Elferías! —dijo Samy mientras abría la puerta de la sala—. ¡Lo tengo! ¡He terminado!

Sin embargo ya nadie se encontraba ahí, el lugar permanecía con las luces encendidas pero sin señales de Elferías, la entidad cósmica que conformaba todo Charlyton. Samy miró el

lugar con rareza y volvió a cerrar la puerta, bajando de nuevo los escalones y regresando a su carrito de supermercado. En el momento en el que se disponía a salir del ayuntamiento, vio a Doly entrar en él y caminar hacia donde se encontraba.

—¿Doly? ¿Qué haces aquí? —le preguntó el muchacho a la criatura.

—Vine con el Gerente —respondió Doly—. Está un poco débil, así que lo tuve que subir a una silla de ruedas. Me pidió que te quería ver.

Samy asintió con la cabeza y siguió a Doly hacia el exterior, impulsando el carrito con ambas manos. Ahí, a unos pocos pasos de ellos, se encontraba Elferías, en su forma de robot de ojos eléctricos en los que Samy encontró cierto cansancio.

—*Doly, puedes irte* —dijo Elferías.

—Sípi —respondió la criatura, no pareciendo distinguir la voz que sonaba en los altavoces de Charlyton en el robot sobre silla de ruedas. Se alejó andando en cuatro patas a gran velocidad.

—¿Todavía no saben? —preguntó Samy una vez que el mapache-zorro se hubo ido.

—*¿Saber qué?*

—Lo que eres realmente.

*—Lo saben inconscientemente, solo no suelen pensar cosas más allá del parque y las diversiones.*

*—Entiendo... ¿Me querías ver?*

*—Supuse que tú eras el que me quería ver. ¿Qué sucede?*

*—¿Cómo lo... sabes?*

*—Pues qué te digo... Sé muy bien lo que sucede en este lugar, porque yo soy este lugar.*

*—Está bien, está bien. Mira, te mostraré.*

Samy se quitó la gorra azul y roja del parque y se aproximó al carrito de supermercado, de él sacó una especie de chaleco metálico que colocó en su cuerpo, estaba formado por diferentes piezas y ensamblado con tornillos y pegamento. Después extrajo un casco que había conseguido de la chatarra que quizá había pertenecido a algún juego para escalar, le había hecho algunas modificaciones añadiendo incrustaciones metálicas. Después colocó en sus brazos y piernas partes extra del mismo material que conformaron así una armadura entera.

*—¡Tadá! —exclamó el muchacho—. ¿Qué opinas? Justo como Iron Man.*

Después sacó un último objeto del carrito, un bate metálico con la imagen de Doly y el nombre CHARLYTON dibujados cerca de la punta.

—Este lo saqué de la tienda del parque —continuó diciendo Samy—. Supongo que funcionará. ¿No crees?

Los ojos eléctricos de Elferías brillaron con intensidad, como si estuviese analizando lo que el chico le mostraba con detenimiento y admiración.

—*¿Crees poder derrotar al Reptil con eso?* —preguntó entonces Elferías.

—Yo creo que sí, me creo capaz. Ya te prometí que lo derrotaría. ¿Dónde lo podré encontrar? ¿Dentro de la cámara de basura?

—*Sí. Yo supongo que sí. Pero tendrás una mejor ventaja si lo sacas al parque.*

—¿En serio? ¿Tú crees que eso funcione? Digo... Esa cosa... te está destruyendo.

—*Tú no te preocupes por mí. Hazme caso.*

—Está bien. Andando.

Samy comenzó a caminar, cuando de pronto Elferías dijo:

—*¿Lo vas a enfrentar ahora?*

Samy lo miró con una sonrisa en su rostro.

—Sí. Lo haré ahora. Pero antes, necesito encontrar a Doly.

El muchacho continuó caminando, seguido por Elferías que montaba en la silla de ruedas, impulsándolas con ambos brazos. Samy encontró a Doly sentado junto a la fuente de la plaza tomando un batido de chocolate.

—Hola, Doly —le dijo a la criatura.

—¡Ah, hola! ¿Cómo están?

—Muy bien. Oye, ¿crees que tengan encendedores y hojas de papel en la tienda?

—¡Ajá! Encendedores para cigarrillos y así, ¿ajá?

—Sí. ¿Crees tener?

—¡Sí! Hay unos con mi rostro dibujado en ellos. ¿Ajá? No sé si tengo papel, la verdad.

—¿Peluches?

—¡Ajá! Peluches si tengo, muchos son de mí. ¿Para qué los necesitan?

Samy y Elferías cruzaron miradas.

—Vamos a derrotar al Reptil —explicó el muchacho.

—¡Ah, mira! ¿En serio? ¿Y por eso estás vestido con esa armadura?

—Sí. La hice con los materiales que sacamos de la pendiente.

—Ah, muy bien. No sé cómo derrotarán al Reptil con peluches, pero... ¡síganme!

Y así lo hicieron Samy y Elferías, juntos siguieron a Doly hasta llegar a la entrada de su propia tienda. El muchacho colocó la mayor cantidad de peluches que pudo dentro del carrito de supermercado, haciéndole compañía a la gorra que también había dejado ahí. Después agarró un encendedor del mostrador que entregó a Elferías en mano. Una vez que tuvieron los objetos necesarios para su misión, se dirigieron hacia la recepción-estación, donde el tren verde se hallaba reposando sobre sus vías.

Doly ayudó al Gerente (Elferías) a descender por los escalones que conducían hacia el interior de la cámara de basura mientras que Samy los seguía por atrás, empujando el carrito.

—La primera vez que estuve aquí el lugar me recordó a la Estrella de la Muerte de *Star Wars* —explicó Samy.

—¿*Star Wars*? —preguntó Doly.

—Sí. La Guerra de las Galaxias.

—¿Una guerra entre galaxias, eh? —dijo Elferías.

—Sí... Bueno..., técnicamente el título está mal en español, porque la guerra ocurre en una sola galaxia y no en muchas. Pero se entiende el concepto, ¿no?

—Sí, supongo. Pero será mejor que guardemos silencio, ya nos estamos acercando.

Dieron unos pocos pasos y se encontraron de frente a la puerta metálica que conducía hacia el interior de la habitación de basura y desperdicios. Desde el umbral llegaba el olor nauseabundo que había acogido a Samy desde su llegada, causándole un asco que comenzaba a subirle la bilis por la garganta.

—Doly... abre la puerta —ordenó Samy.

Doly giró una manija y la entrada crujió con un siniestro eco mientras que el repugnante hedor incrementaba. Samy, armado de una valentía que era bombeada desde su corazón hacia el resto de su cuerpo, tomó uno de los peluches en forma de Doly y lo extendió hacia Elferías.

—Quémalo —le dijo susurrando.

—¡¿Qué?! —Doly alzó un poco la voz, pero cubrió su boca al instante. Provocar al monstruo antes de tiempo podría acabar con ellos.



—Chst —exclamó Samy—. Háganme caso. Creo que es mejor que se vayan de este lugar, no sé qué tanto tarde el Reptil en salir.

—No —susurró Doly—, nos quedaremos contigo.

Elferías prendió en fuego al peluche de la mascota de Charlyton y le entregó el encendedor a Samy, él arrojó el juguete al instante hacia el interior de la cámara, haciéndolo caer sobre un montículo de basura que se prendió en llamas al primer contacto.

—¡Váyanse!

El animal, a pesar de su terquedad, no pudo replicar más y ayudó al Gerente a subir de nuevo por la escalinata que los había llevado al nivel inferior de la recepción-estación.

—Venga —dijo Samy una vez que sus amigos se hubieron retirado y mientras prendía en fuego a un nuevo Doly de peluche, arrojándolo con fuerza hacia la basura.

El Reptil no salía de su escondite y, aunque el muchacho temía que fuese a tomarlo por sorpresa, continuó arrojando juguetes en llamas hasta provocar un incendio que con su denso humo comenzó a sofocarlo.

—¡Sal ya! —exigió Samy a la bestia que no parecía encontrarse en casa—. ¡Sal ahora!

De pronto una silueta comenzó a formarse entre el creciente fuego, el Reptil se había levantado con un intenso calor rodeándolo que lo hizo soltar un rugido que estremeció los oídos de Samy. La bestia comenzó a caminar hacia él, obligándolo a retroceder, subiendo los dos primeros escalones de las escaleras.

Cuando Samy vio que el Reptil se encontraba por salir, subió de nuevo hacia la recepción, el humo todavía era abundante y los gritos que soltaba el monstruo parecían pertenecer al mismo infierno. Mantuvo el bate en posición de defensa mientras escuchaba las escaleras rechinar, y continuó retrocediendo, preparándose para el ataque.

Después de unos segundos de silencio, la mano escamosa y repugnante del Reptil se alzó entre la inmensidad del humo, mostrando sus garras con firmeza mientras el resto del cuerpo emergía desde las llamas. Samy pudo ver que parte de la piel de la criatura había recibido fuertes quemaduras en su torso, cara y brazos. Quizá tendría una ventaja mayor a la que pensaba al tener al monstruo debilitado por el daño de las hambrientas llamas.

—¡Ven acá! —le gritó al Reptil.

La criatura, soltando un último rugido, se abalanzó sobre Samy mostrando sus desgarradores dientes. El muchacho, antes de

poder recibir daño alguno, blandió el bate y soltó un fuerte golpe contra el rostro del Reptil, logrando derribarlo sobre el suelo. El monstruo se levantó casi al momento, teniendo la mandíbula colgando y dislocada. El muchacho no había hecho más que provocar la ardiente llama de su furia.

El Reptil volvió a caminar hacia Samy, quien no tuvo tiempo de contraatacar, su adversario golpeó su bate con fuerza, tirando al chico sobre la tierra fuera de la estación-recepción. Samy se levantó con el cuerpo dolorido, aunque la armadura había logrado amortiguar parte del impacto. El Reptil lo atacó por un costado, sus garras por fortuna se deslizaron por el chaleco metálico, soltando chispas en el acto.

Samy intentaba lanzar nuevos golpes con el bate, sin embargo el Reptil estaba evadiendo y contraatacando con puños y garras que lograron desprender algunas piezas de su armadura. Después de varios intentos, el chico logró acertar un nuevo golpe, esta vez en su hombro. Escuchó un crujido, seguramente le había roto un hueso. Sin embargo la bestia no rugió y continuó lanzando arañazos.

Samy continuó resistiendo hasta llegar a la plaza de la fuente, de Doly y de Elferías no había señales pero supuso que se

encontraban escondidos. Al final, era su deber detener al monstruo que comía al parque. Pero sus brazos comenzaban a volverse pesados con cada estocada y bloqueo que daba, el monstruo comenzaba a darle ventaja. Después de un golpe en el casco que produjo un estallido metálico, Samy cayó al suelo, soltando el bate en el proceso.

Cuando el monstruo se alistó para abalanzarse sobre él, preparado para desgarrar por completo su indefenso cuerpo, un disparo atravesó su pecho, cerca de su hombro, derribándolo e hiriéndolo. Samy volvió su mirada hacia su izquierda, ahí se encontraba Doly, sosteniendo una resortera que había cargado con canicas de metal. La mascota del parque volvió a disparar dos veces más contra el reptil logrando ahuyentarlo cuando el último dio contra su rostro sin ojos. La bestia se escabulló en una de las calles del parque, alejándose de la vista de sus atacantes.

Samy, no pudiendo resistir más el dolor de su cuerpo y los calambres que ahora recorrían sus piernas y brazos, permaneció inconsciente sobre la tierra.

## 12. ALGUNAS MEJORAS

Cuando el muchacho despertó y se levantó de la tierra, se encontró frente a Doly, Elferías (el Gerente) y Lek, los tres mirándolo con preocupación mientras él intentaba recuperar la noción de la realidad.

—¿Tenías una resortera y no me dijiste? —preguntó Samy a Doly.

—Solo hay una y es mía —respondió el animal—. ¿Todavía quieres enfrentarte al Reptil?

—¡Sí! ¡Todavía puedo pelear!

—¿Pelear? —continuó diciendo Doly—. ¡Pero si ha destruido casi toda tu armadura!

Samy se miró el cuerpo cubierto por la coraza, varias partes se habían desprendido de él y algunas, en especial la que cubría su torso, se hallaban agrietadas, con algunos rasguños formando líneas horizontales y verticales sobre el metal.

—Todavía puedo hacerlo —insistió Samy.

—Necesitarás algunas mejoras —añadió Lek—, y también nuestra ayuda. Podemos activar a los robots restantes para que te

ayuden, puede que estén defectuosos pero cumplirán su función.

Gerente, ¿cree poder apoyarme con esa tarea?

—*Seguro* —respondió Elferías desde su silla de ruedas.

—Vamos de vuelta a la tienda —dijo Doly—, tal vez podamos encontrar algo que te sirva para defenderte.

—Logré herirlo, eso sí —exclamó Samy—. Le rompí la mandíbula y un hombro, también tiene algunas quemaduras por el fuego que hice.

—Mi resortera le dio unos buenos agujeros en su pecho y cabeza —añadió Doly—. Tal vez sí tenemos una oportunidad contra él. Gerente y Lek, vayan ustedes a activar a los robots como quedamos, yo iré con Samy a la tienda.

El robot en silla de ruedas y el robot cocinero asintieron y se retiraron para cumplir su misión, a la vez que Doly y Samy caminaron de vuelta hacia la tienda de la mascota de Charlyton. Evitaron la calle que el Reptil había tomado para huir de ellos, llegando a una rodeada por montañas rusas. Al aproximarse a la tienda un temblor agitó la calle e hizo vibrar las vitrinas de los locales, a la lejanía vislumbraron la caída de uno de los juegos mecánicos, haciendo elevar una tormenta de polvo que llegó hacia ellos, cegándolos por un instante.

—Se está acercando —exclamó Samy—. El Reptil... es el que se está comiendo este parque.

Doly lo miró con tristeza para después decir:

—Entremos a la tienda. Hay que equiparse muy bien para que puedas detenerlo.

Samy obedeció a la mascota y juntos entraron en su tienda, donde parte del polvo de la caída de la atracción se había filtrado y formado una superficie arenosa en las que dejaron huellas mientras caminaban por el lugar. El muchacho buscó entre las diferentes estanterías y encontró en una de ellas unas bolsas de matatenas y canicas que le mostró a Doly.

—Tal vez estas puedan servir para tu resortera —le dijo.

—¡Ajá! ¡Gracias!

Continuaron explorando la tienda. Doly se topó frente a un basurero de tapa metálica, la levantó con una mano, era ligera y resistente.

—Tal vez esto pueda servir como escudo —le dijo al muchacho, teniéndolo sobre sus brazos.

—¡Gracias! —respondió Samy.

—¡Mira allá! —volvió a exclamar Doly, señalando con brazo extendido hacia una estantería metálica de la que colgaban

lanzadores de agua *Super Soaker* con la etiqueta de la marca CHARLYTON dibujada sobre uno de sus extremos. Doly caminó hacia ellas y sacó una de su empaque de cartón, mostrándola al chico—. ¿Crees que esto vaya a servir?

Samy sostuvo el lanzador entre sus manos junto con el escudo, analizándola con la mirada.

—Puede ser. Si la cargamos con agua caliente podría servir —respondió él.

—No tiene que ser agua caliente —replicó Doly—. ¡Tiene que ser agua que esté hirviendo!

Samy rio.

—Así es. Bien dicho.

Con esas nuevas adquisiciones para la batalla, salieron de la tienda. En el suelo de la calle todavía había polvo cubriéndolo todo, aunque comenzaba a ser arrastrado por el viento hacia lugares lejanos. De pronto, la voz de Elferías resonó en los altavoces del parque.

*—Los robots ya han sido activados, tal como se lo pidieron al Gerente y a Lek.*

Samy se preguntaba si Elferías podría seguir escondiendo a los habitantes de Charlyton su verdadera identidad. Él no solo era



el mismo Gerente del parque de diversiones, sino también Charlyton, una entidad venida del espacio que había envejecido y ahora se encontraba cansada y débil. ¿Podría Charlyton continuar resistiendo después de la derrota del Reptil?

—Muchas gracias —respondió Samy a Elferías—. ¿En dónde nos juntamos con los demás?

—*El Gerente, Lek, junto a un grupo de quince robots, se dirigen hacia ustedes. Véanse en la montaña rusa que acaba de destruirse. Buena suerte.*

—Andando —dijo Samy a Doly.

Caminaron hacia donde se encontraba el ya derrumbado juego mecánico, no siendo más que una montaña de escombros metálicos y piezas quebradas por la mitad cubiertas por polvo. En los extremos de la calle algunas montañas rusas todavía se mantenían en pie mientras que en otro más alejado Samy y Doly vieron al ejército de robots acercarse hacia ellos .

—¿Preparados? —les preguntó Samy una vez que estuvieron reunidos con ellos.

—Afirmativo —respondió Lek.

—Lek —continuó Samy—, puedes cargar tú con esto —le entregó la *Super Soaker* al robot—. Llénala de agua hirviendo. Funcionará para aturdir al Reptil poco a poco.

—Entendido. Iré a llenarla —Lek caminó de vuelta por donde había venido, regresando unos minutos después con dos cubetas de agua hirviendo. Sumergió el lanzador de agua en una de ellas, llenándola mientras soltaba divertidas burbujas.

El resto de robots se colocó en una posición de defensa frente a los escombros de lo que fue la montaña rusa, a la vez que Doly cargaba su resortera con una matatena y Samy blandía el bate y alzaba la tapa metálica de bote de basura en forma de escudo.

—Estén listos —dijo Samy al resto del grupo.

Los rugidos del Reptil no se hicieron esperar, y su silueta comenzó a emerger tras la última luz del día que caía con la llegada del atardecer. En el cielo las tres lunas germinaban junto con el planeta tras la oscuridad venidera, y poco a poco la bestia comenzó a caminar hacia ellos.

### 13. LA CAÍDA

El Reptil tenía un aspecto nefasto, las quemaduras continuaban a carne viva, con un agujero en su cabeza y otro en el pecho provocados por los disparos de la resortera de Doly, su mandíbula colgaba de un lado y el hombro izquierdo parecía encontrarse hundido bajo su piel. Sin embargo, a pesar de ello, continuaba de pie y con una evidente furia plasmada en su rostro carente de ojos.

Los robots se le aproximaron, formando puños con los frágiles brazos que tenían, acompañados por Lek, quien soltó un gran chorro de agua hirviendo en el rostro de la criatura. Esta dio un rugido de dolor que se asemejó por un instante a un siniestro grito humano. Acto seguido, fue atacado por las máquinas, quienes lo inmovilizaron al sostenerlo desde sus extremidades.

Doly lanzó una ráfaga de matatenas y canicas que impactaron contra el torso del Reptil, formando hoyos en él y haciéndolo enfurecer todavía más. Lek soltó un nuevo chorro de agua sobre su cara, pero el monstruo logró librarse de los robots y se aproximó hacia él.

Fue detenido de repente por un golpe del bate de Samy, tirándolo sobre la tierra y el polvo donde los robots lo patearon con

fuerza. No tardó mucho en volverse a librar de ellos, despedazando a algunos en el proceso. Doly contraatacó soltando algunas canicas que impactaron contra su hombro lastimado, pero logró deshacerse de él con un manotazo que lo tiró varios metros atrás de donde se encontraba.

Samy se aproximó con cautela hacia el Reptil mientras este volvía a ser frenado por los robots, quienes con sus brazos nuevamente golpeaban el cuerpo de la criatura. El muchacho blandió el bate y lo hizo impactar con fuerza sobre la cabeza del monstruo varias veces, pero esta no parecía quebrarse totalmente, era fuerte ante sus ataques.

El Reptil comenzó a agitarse, soltándose de nuevo de los robots, a quienes comenzó a atacar despiadadamente, utilizando las garras para formar rasguños profundos en sus pieles metálicas, rompiendo sus brazos y cabezas. Al final solo uno de ellos quedó de pie, con el cuerpo desgarrado y los cables afuera, pero de pie.

Después el reptil se dispuso a atacar a Samy y, utilizando también sus garras, lanzó varios golpes hacia el muchacho. Él logró cubrirlos utilizando la tapa de basura como escudo y contraatacó golpeando con el bate el costado del torso de la bestia. Ella rugió y se retorció, recibiendo después una nueva ráfaga de

disparos en la cara y el cuello provenientes de la resortera de Doly y la *Super Soaker*. El Reptil, enfurecido con ambos, caminó hacia ellos, dando un nuevo golpe a Doly que lo hizo soltar su resortera, las matatenas y las canicas sobre el suelo. Samy, al ver que la vida de ellos peligraba, caminó hacia una de las cubetas con agua hirviendo, la levantó y arrojó su contenido con fuerza sobre el monstruo. Sus escamas se enrojecieron mientras soltaba un aullido de dolor que pudo ser escuchado por todo Charlyton, sin embargo el torrente de agua no logró detenerlo. La bestia se abalanzó sobre Lek y partió su lanzador de agua por la mitad, para después clavar su mano en su pecho metálico y tirarlo con fuerza sobre la tierra, rematándolo con una patada que le rompió su pierna mecánica derecha por la mitad.

—¡Lek! —gritó Samy, caminando hacia donde el robot herido se encontraba. Se puso de rodillas para socorrerlo mientras el Reptil era contenido por el robot restante y Doly. Lek no parecía dar señales de vida, sus ojos eléctricos permanecían apagados, sin luz que despertara en su interior.

Samy, armado con una nueva carga de valentía, dejó al robot descansar y caminó hacia la cubeta que restaba con agua en

su interior, la cargó y volvió a arrojarla sobre el monstruo, dándole un nuevo golpe con el bate y el escudo de tapa de basura.

La furia de la criatura se tornaba incontenible para ella y, soltando un nuevo rugido que hizo estremecer los oídos de todos, derrumbó al robot de ayuda que sobraba y lo arrojó con una tremenda fuerza bruta hacia los escombros de la montaña rusa.

—¡Doly, Elferías, váyanse! —gritó Samy a sus amigos.

Elferías, en forma del Gerente, comenzó a alejarse impulsando su silla de ruedas con sus manos robóticas. Doly no insistió en quedarse, ya había recibido demasiados golpes y sentía que su cuerpo se derrumbaría si no emprendía una retirada. Siguiendo al Gerente, cruzaron la calle que conducía hacia la tienda de la mascota de Charlyton y se encerraron en ella, viendo tras su vitrina a Samy mantenerse firme y con las armas en alto frente al monstruo.

Un combate salvaje se desató entre ambos, sus garras impactaron contra el escudo y el bate arremató lanzándose contra la cabeza y brazos escamosos. Mientras luchaban cuerpo a cuerpo, fueron moviéndose por el lugar rodeado por montañas rusas, llegando al borde de una que permanecía inactiva. Samy logró derribar al monstruo sobre un tramo de sus vías, la bestia no

parecía poder contener más los ataques del muchacho; ya lo habían quemado con fuego y agua hirviendo, su cuerpo se encontraba repleto de orificios causados por las canicas y las matatenas y ahora traía más huesos rotos además de su mandíbula y hombro derecho. Sin embargo, continuaba resistiendo, aunque sus energías comenzaban a agotarse.

Samy continuó lanzando golpes con el bate, sobre él el majestuoso anochecer ya había caído junto a sus tres lunas y el planeta del anillo de asteroides. Llevó la ventaja del combate hasta que, con un movimiento inesperado, el Reptil utilizó sus fuerzas restantes para soltar un tremendo golpe que lo hizo desprenderse de sus armas. El Reptil caminó hacia él y le soltó una patada en el pecho, enviándolo varios metros atrás sobre la tierra, después las garras parieron por la mitad el chaleco metálico y, con un nuevo y sorprendente movimiento, le arrancó el casco de la cabeza y, soltado otra patada, lo tiró sobre la tierra.

Samy se hallaba desprotegido, las piezas que restaban de su armadura eran pocas y sin armamento podía darse por perdido. Vio al Reptil caminar con lentitud hacia él, la criatura tampoco podría resistir mucho más. Aquel movimiento había sido el último intento para frenarlo, y lo había conseguido. Cerró los ojos,

consciente de que la enfurecida bestia acabaría con él de una horrible manera. Mientras permanecía con la mirada a oscuras tuvo los recuerdos finales de su hermana y sus padres, quienes probablemente se encontrarán preguntando a dónde habría ido a parar su hijo, sin saber que jamás volverían a verle.

«Lo siento —pensó Samy—. En verdad lo siento. Les he fallado, les he fallado a todos ustedes».

De pronto una extraña sensación comenzó a recorrer su cuerpo, una energía de vida había inundado su corazón sin previo aviso. Sus fuerzas se habían recuperado y el dolor que antes había sentido se disolvía en aquel mar que había llegado a curar su alma. Percibía su pecho convertirse en Charlyton, sus venas eran las vías de los juegos mecánicos y los latidos de su corazón la alegría que alguna vez abundó dentro del parque de diversiones, expresada en los niños riendo y grupos de adolescentes que gritaban en las montañas rusas y algunos otros que se enamoraban. El olor de palomitas de maíz, helado y una fría brisa de viento llegó a su rostro.

En el momento en el que el Reptil se encontraba por dar su golpe final, Samy se levantó y lo esquivó en un movimiento fugaz que fue casi imperceptible para la criatura. Ella volvió a



contraatacar, pero nuevamente su golpe fue esquivado por el chico. Él recogió el bate metálico que yacía sobre la grava y lo blandió en dirección al monstruo, concentrándose en lanzar su golpe. Vio entonces cierta vulnerabilidad humana en el aspecto de la bestia, se encontraba herida e indefensa, sin más protección que las pocas escamas que le restaban a su piel quemada, perforada y quebrada.

«No... —se dijo a sí mismo Samy—. No... No habrá piedad para un cáncer como tú, Reptil».

Y entonces, con la fuerza que había adquirido del parque que ahora se había transformado en su cuerpo y alma, corrió hacia la abominación a una velocidad inhumana y, con la fuerza de impacto de un carro de montaña rusa en movimiento, golpeó con su bate el pecho del monstruo. El Reptil fue enviado varios metros hacia atrás, casi emprendiendo el vuelo, para después impactar contra los soportes del juego mecánico en el que se encontraban, levantando una colosal ola de polvo.

La montaña rusa comenzó a derrumbarse pieza por pieza sobre el cuerpo dolorido del Reptil, mientras Samy lograba escapar del lugar para no sufrir el mismo destino. Llegó de nuevo a las calles de Charlyton, viendo a la lejanía al juego caerse por

completo, llevándose consigo a la bestia que se había alimentado del parque durante años

Después de cruzarse con los cuerpos despedazados de los robots, incluyendo el de Lek, llegó a donde se escondían Doly y Elferías.

—¡Lo logramos! —exclamó la criatura.

Pero Samy no pudo continuar con los festejos, la energía lo había abandonado de pronto, obligándolo a desplomarse sobre el suelo, vencido por el cansancio, mientras retiraba las piezas restantes de armadura sobre su cuerpo una por una.

Doly lo miró preocupado y se colocó a su lado.

—Oye, lo has logrado. ¡Ajá, que sí ha sido! Mira... Tengo algo para ti.

Samy se volvió hacia el animal, él entre sus patas cubiertas por pelaje blanco, sostenía la gorra azul y rojo del parque Charlyton con una imagen de él mismo como adorno. Se la colocó en la cabeza al muchacho, quien le sonrió ligeramente.

—Logré sacarla antes de que el fuego la consumiera —explicó Doly—. Esto al fin ha terminado... Te... Te lo agradecemos mucho. Yo estoy muy agradecido. Te debemos todo.

## 14. RECUERDOS DEL PRESENTE

Samy y Elferías se encontraban frente a una gran rueda de la fortuna, sentados sobre la terraza de uno de los múltiples edificios de Charlyton, mirando al juego mecánico girar junto con sus coloridas luces. La entidad cósmica, que había adoptado la forma de un robot, parecía estar relajada, quizá incluso aliviada por la caída del enemigo que lo había estado consumiendo.

—Hay algunas preguntas... —comenzó a decir Samy— que me gustaría saber si pudieras responder.

—*Soy todo oídos* —respondió Elferías (Charlyton).

—Algo en lo que no me he puesto a pensar desde que llegué, es *cómo* llegué aquí. En un inicio pensaba que esto podría ser un después de la muerte, o tal vez un sueño también, pero ya no estoy seguro de nada.

—*Hay muchas formas en las que uno puede viajar por el Universo. A veces la realidad se rompe por las razones más raras y poco esperadas que puedan existir, supongo que tuvo que pasar algo para que tu realidad se rompiera para así poder viajar a otro mundo.*

—Creo que no te entiendo. ¿Si la realidad se rompe puedes viajar a otros lugares?

—*Es una de muchas formas. Si la composición de tu realidad comienza a romperse, puedes meterte en ese pequeño corte que se ha hecho para así abrir otro en un mundo o lugar diferente al que podrás viajar.*

—No sé si estoy entendiendo muy bien lo que dices, pero tuve un accidente de auto. ¿Eso pudo haberme llevado aquí?

—*Es posible. Aunque creo que estabas destinado a volver aquí.*

Samy miró extrañado a Elferías.

—¿Qué? ¿Cómo que volver?

—*Sí. ¿Es que no te has dado cuenta?*

—Darme cuenta... ¿de qué?

—*Elferías. El Ferias. Charlyton solo se le aparece para quien lo necesita. Charlyton es una entidad que busca hacer feliz a los demás. Charlyton puede adoptar diferentes formas, un edificio, un parque de diversiones, una feria...*

—Feria...

La mente de Samy fue iluminada por un esplendor de recuerdos, en ellos se veía viajando a la feria en la que había estado

con su familia, donde habían participado en sus diferentes juegos y comprado hot dogs cuando la lluvia comenzaba a caer, mientras escapaban de ella para comerlos en el calor del interior de su auto.

—Feria... La feria de ese día... eras tú.

Elferías asintió con la cabeza de su cuerpo mecánico.

—*Sí. Era yo.*

Las lágrimas formaron un mar en los ojos de Samy, derramándose junto con fuertes sollozos en los que podía percibir cada sensación que aquel recuerdo le había provocado en su momento. El olor del algodón de azúcar, la diversión de los juegos y el sabor de los hot dogs. Todos, desde hace años, habían formado uno solo: Charlyton. Era Calryton quien había formado aquel recuerdo que ahora atesoraba en su alma.

—¿Por qué...? —dijo Samy entre lágrimas—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—*No lo sé. Simplemente no lo sé.*

—¡Tienes que saberlo!

—*Puedo ser una entidad cósmica, pero todavía desconozco muchas cosas de mí mismo a pesar de mi edad de millones de años. Conforme crezcas también lo notarás, desconocerás gran parte de lo que habita en tu interior y, como te dije, perderás*

*muchas cosas en el proceso. Pero serás feliz, porque Charlyton siempre correrá por tus venas.*

Samy abrazó a Elferías, llorando sobre su hombro durante varios minutos en los que la memoria de su hermana llegaba a él en ráfagas de sentimientos. Cuando comenzó a calmarse se desprendió de él y volvió a mirar hacia la rueda de la fortuna.

—Entonces... —dijo enjugándose las lágrimas que le quedaban—. Entonces... si eso es cierto, yo fui la última persona que te visitó hace unos años, antes de que regresara.

—Sí, es cierto. Tú, tus padres y tu hermana.

—Gracias.

—¿Gracias? ¿Por qué?

—Por darme uno de los mejores recuerdos de mi vida.

—Para eso estoy... Y me alegra haberlo hecho.

Hubo un momento de silencio que fue roto pocos segundos después por Elferías:

—Gritaste el nombre de «Elferías» cuando dijiste que Doly y yo fuéramos a algún lugar seguro.

—¿En serio? ¿En serio lo dije?

Samy sabía que, en caso de que la mascota de Charlyton lo hubiese escuchado llamar «Elferías» al “Gerente” probablemente

se encontraría en un problema. La pequeña criatura tendría dudas infinitas sobre lo que era realmente el lugar en el que había trabajado durante toda su existencia.

—*Sí, sí lo dijiste.*

—Oh, ¡lo siento mucho! ¡No era mi intención! Es que... Si no, ese monstruo los habría despedazado y...

—*No te preocupes. Sinceramente no creo que se haya dado cuenta. Sólo quería asegurarme de haber escuchado correctamente. Hiciste lo correcto y gracias a ello logramos salvarnos.*

—Pero... Lek... Lek fue destruido.

—*Al igual que el resto de los robots. De cualquier modo su conciencia robótica seguirá formando parte de Charlyton. Todo forma parte de Charlyton al final.*

Samy lo miró con una sonrisa que expresaba su más profunda añoranza, una añoranza por esos momentos vividos en Charlyton de los que él no había sido consciente hasta aquel momento, una añoranza surgida por el amor. El amor que pura y suaviza. El amor que es el lugar seguro de cualquiera.

—*Charlyton también formará parte de ti, siempre*

—concluyó Elferías.

## 15. EL ÚLTIMO PASEO

Pocos minutos después, Doly se le unió a Elferías y Samy a la contemplación de la rueda de la fortuna que, a pesar de no contar con pasajeros, continuaba girando, cumpliendo su propósito dentro del parque.

La mirada del chico se desvió por un instante al espacio por encima de ellos, las tres lunas se encontraban llenas e iluminando el parque de diversiones, teniendo de compañía, como siempre, al planeta del anillo de asteroides. Samy se preguntó, con completa seriedad y buscando una respuesta verdadera en sus pensamientos, dónde se encontraría aquel sitio (entidad) cósmica llamada Charlyton, cuestionando su ubicación exacta dentro del espacio. Podría encontrarse a años luz de distancia de su planeta natal, o incluso en un lugar ajeno al universo. Sin embargo, eso ya no parecía importar, al menos no por el momento. Tenía apenas quince años y reconocía que su mente no estaba preparada para profundizar en eso, pero lista sí estaba como para admitir que pronto crecería y, durante el proceso, posiblemente encontraría las respuestas. Pero, mientras aquello transcurriera, debería



mantenerse fiel al propósito principal de Charlyton: Ser feliz y vencer a aquello que amenace al amor, como lo había hecho con el temible Reptil.

Volvió a pensar en su hermana menor Daniela, en su risa y los momentos vividos a su lado. De cierta manera había logrado retornar hacia ella con el viaje a Charlyton, encontrando en el parque de diversiones la memoria de su última visita cuando la entidad cósmica había adoptado la forma de una feria.

—*Samy* —dijo de pronto Elferías—, *tengo algo para ti.*

El muchacho lo miró con empatía y manteniendo esa cariñosa sonrisa que a cada miembro del parque le había dirigido.

—¿Qué es? —preguntó él.

Elferías extendió la palma de su mano derecha, mostrando en ella un engranaje que era sostenida en forma de medallón mediante una cadena plateada.

—*Es uno de los engranajes de los juegos mecánicos de Charlyton. Cuando el parque se haya ido para siempre, esta parte de nosotros siempre te acompañará y arreglará cualquier cosa que necesites. Te queremos, Samy.*

Samy sostuvo el engranaje entre sus manos, derramando unas inesperadas lágrimas sobre él.

—Pero... Pero... Creí que ya habíamos vencido al Reptil. ¡Charlyton no puede desaparecer!

Samy miró a Doly, buscando su comprensión y unas palabras de aliento para Eleferías de su parte. Sin embargo la criatura se encogió de hombros y bajó sus orejas en señal de tristeza, reconociendo que el Gerente no se equivocaba sobre la caída final de Charlyton.

*—Ya te había dicho, Samy, que Charlyton estaba debilitado desde un inicio, el Reptil no hizo más que adelantar el proceso.. Pero siempre existiremos en tu memoria, y en esa pieza de nosotros que te hemos dado.*

Samy derramó unas últimas lágrimas, enjugándolas rápidamente antes de hablar con un último impulso de valentía.

—Entonces... Si ya no los volveré a ver... ¡Me gustaría tener un último paseo!

Samy pudo ver en la mirada eléctrica de Elferías un esplendor que podría comprarse con el brillo de unos ojos humedecidos por las lágrimas. El androide asintió con la cabeza y exclamó:

*—Por supuesto. Te llevaremos a una montaña segura, ¿te parece?*

Samy también asintió con la cabeza y acompañó al Gerente y a Doly a retirarse de la terraza con vista a la gran rueda de la fortuna de Charlyton y dirigirse en silencio hacia una montaña rusa pintada de un azul infantil en el que tan solo restaba un único carrito de pasajeros, el cual esperaba al muchacho para que se montase en él.

Samy tomó asiento y Doly, como acostumbraba, empujó con fuerza la barra de seguridad, guardando la gorra y el engranaje del chico en un compartimiento fuera del juego. Accionó después algunos controles en la estación de lanzamiento. El carrito comenzó a ponerse en marcha, agarrando velocidad segundos después de encontrarse en movimiento, ascendiendo y descendiendo por su trayecto. Aquel viaje se le antojó a Samy diferente al primero que había realizado en un juego mecánico en Charlyton, encontrando en él una eterna calma desde el inicio. En sus alrededores no se escuchaba murmullo alguno, más que el traqueteo del vagón y su propia respiración. Cerró los ojos para dejarse llevar por la paz del trayecto, teniendo un pensamiento final sobre Charlyton: quizá aquellas vías que cruzaba en aquel momento simbolizaban su vida, teniendo momentos de cúspide y momentos de abismo, para después finalizar en un acto al que

llegaría despeinado y riendo por el maravilloso viaje que había cruzado a lo largo de los años.

Deseaba que su hermana también pudiera montar uno de los juegos mecánicos y llegar al final del trayecto como una vencedora, estando él a su lado.

Bajó del pequeño transporte en cuanto el recorrido terminó, sintiendo la adrenalina recorrer su cuerpo haciendo a su corazón latir en un sentimiento de abundancia. Le dedicó una sonrisa hacia las lunas y el planeta que se alzaban sobre el cielo nocturno y después se colocó la gorra guardada por Doly en la cabeza y resguardó la cadena con el engranaje en el bolsillo de su pantalón.

Caminó junto con el mapache-zorro hacia la entrada del arco amarillo, donde Elferías los esperaba mientras Charlyton a su alrededor comenzaba a temblar con furia, alistándose para su derrumbe.

*—Te llevaremos con nosotros —dijo Elferías—. Siempre.*

*—Sí —secundo Doly—. Cuenta cosas bonitas de nosotros.*

*—Toma el tren verde, Samy. Él te llevará de vuelta a tu hogar.*

Samy abrazó a cada uno y después, en un gesto simbólico, se besó la mano para después colocarla sobre el suelo rocoso de la entrada de Charlyton, siendo su despedida final.

—Hablaré de ustedes por siempre —dijo Samy—, lo prometo. Los amo y siempre lo haré, creceré con este recuerdo tan lindo que me dejaron.

—*¿Y cuál es ese recuerdo?*

—El amor... El cariño... El amor, el cariño y la felicidad que han dejado en este universo. No serán una estrella más que desaparece en el espacio, porque la alegría que han dejado jamás se irá.

—¡Ajá! —exclamó Doly—. ¡Mucha suerte, muchacho!

Samy les dedicó una última sonrisa a sus compañeros, y también una mirada final hacia aquel cielo majestuoso que lo había cubierto durante su estancia en Charlyton. Caminó hacia el estacionamiento, llegando poco después al terreno boscoso. Un fuerte estruendo llegó a sus oídos, haciendo también temblar la tierra. El parque ya comenzaba a colapsar.

Corrió hasta llegar al tren verde, abordó su único vagón y se puso en marcha. Sostuvo durante el camino la cadena del engranaje con fuerza, mientras percibía a la entidad cósmica de

Charlyton desvanecerse entre la realidad, el tiempo y el espacio. Y por un instante, mientras se internaba de nuevo hacia aquel resplandor blanco, pudo ver su esencia pura, su aspecto original y completo. Un conjunto de energías alegres que se movía al compás de una melodía dulce y cariñosa mientras las llamas de un fuego cósmico comenzaban a consumirlo.

Mientras desaparecía, Charlyton le cantaba una canción:

*...y cuando me haya ido te dejaré la manzana.*

*Te dejaré una manzana con una nota en su pulpa.*

*A que no sabes a qué sabe la pulpa.*

*Sabe a la tinta con la que escribí*

*Lo mucho que te quiero aquí*

*¡Y en este mundo rojo!*

*¡La pulpa me comí!*

—Adiós, Charlyton —exclamó Samy.

Desde el conjunto de luces, entre sus últimos respiros, un silbido resonó en señal de respuesta, a la par que el tren regresaba hacia la realidad del mundo de Samy.

Samy retornó a la misma calle en la que el accidente había sucedido bajo la luz de la única luna del anochecer. Miró a sus

alrededores, no había señales de automóviles en aquel lugar. Con el corazón bombeando paz y amor, corrió hacia donde conocía que se ubicaba el hospital de su ciudad.

Nadie cuestionó la entrada repentina de un muchacho de quince años a la planta baja, donde pocos médicos caminaban en el lugar, agotados por sus rutinas de trabajo. Samy ascendió por el elevador hacia el piso donde se encontraba su hermana y continuó corriendo por los pasillos hasta llegar a la puerta de su habitación. Al abrirla ahí todos se encontraban, sus padres y Daniela, unidos por la dulce lectura de un cuento para dormir bajo la luz de una pequeña lámpara.

Su padre fue el primero en verlo y correr hacia él para envolverlo entre sus grandes brazos con los que, a parecer de Samy, protegía al mundo entero, después llegó su madre quien también lo abrazó, impregnando su olor natural que suaviza hasta las aguas con olas más furiosas. Al final Daniela llegó, con esa sonrisa inocente que curaba las heridas de un corazón solitario que se había perdido por un momento en una aventura.

Se unieron en un único abrazo, sus corazones compartiendo un mismo latido y formando uno mismo. Samy lloró con fuerza, recordando la pérdida de Charlyton, pero recordó poco después el

regalo que le había obsequiado. Extendió la gorra de azul y rojo hacia su hermana, colocándola después en su cabeza. Era un ángel.

Después sacó la cadena de su bolsillo.

—Es para ti —dijo Samy, sin poder evitar derramar más lágrimas de lo que sus ojos podían contener.

La ató a su cuello y un recuerdo hizo estremecer su corazón de añoranza: aquel engranaje era el que reparaba lo que él necesitara. ¿Arreglaría al feroz Reptil que habitaba en el interior de su hermana? Sí... Sí lo haría. Así lo había prometido Charlyton, la entidad de la felicidad. Y así sería.

Y esa visita que había hecho en pocas noches, él jamás olvidaría.



## NOTA DEL AUTOR

*“Oh, no. Don't throw out my Legos. What if I can't let go? What if I can't go back home?”.*

- AJR.

*Don't Throw Out My Legos.*

“¡Por favor, no me tires mis Legos!” ¿Cuántas veces escuché a mi madre decirme esta frase cuando era pequeño? Usualmente lo hacía cuando traía un tiradero en mi habitación con esas pequeñas piezas para construir. Hoy en día veo que ese juguete ha formado parte importante de mí desde hace años, aprendí a construir gracias a él y a volver a armar cuando algo se derrumba.

Nunca llegué a armar una montaña rusa, ni mucho menos un parque de diversiones, por lo que esta historia fue una gran oportunidad para hacerlo. Durante el viaje que recorre Samy por Charlyton encuentra fragmentos de su infancia y su familia relacionándolo con el acto de divertirse y salvar a lo que ama. Creo que este es un aspecto que ningún adolescente o adulto debe perder, esos momentos atesorados de nuestra niñez que nos han

formado como somos en la actualidad que incluso nos pueden dar la valentía para salvar un mundo entero.

Esta historia es la que más posee recuerdos míos de mi infancia, lo que la ha convertido en una íntima y emocional dentro de mis múltiples manuscritos que he realizado. Aunque, evidentemente, no puede excluir algunos elementos que rodean mi vida hoy en día, tal como la presencia de la banda AJR y su álbum Neotheater, del cual tomé cierta inspiración para crear el concepto general de esta novela. (Recomiendo mucho escucharlo)

Tengo una amplia curiosidad por saber cómo veré esta novela en un futuro, cuando haya crecido y mi etapa de joven adulto haya quedado atrás. Creo que le daré una releída cuando cumpla los 30, y tú también estás invitado a hacerlo.

Redes sociales del autor:

Instagram: Mark\_bejar.\_

Wattpad: Markbejar1

Correo electrónico: [Marcovichmark@gmail.com](mailto:Marcovichmark@gmail.com)

Portada por: Sara Harari.